



Angelo Azzurro

*Sin  
alas  
en el sur*

# SIN ALAS EN EL SUR

Edición en español. Título original: Senza ali al sud

ANGELO AZZURRO Autor

Derechos reservados, prohibida la reproducción

# CONTENIDO

## SIN ALAS EN EL SUR

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II Acontecimientos condicionales

II

Capítulo III Una vez más digo que sí!

III

Capítulo IV Algo nuevo

IV

Capítulo V Salida

V

Capítulo VI Nuevo desembarco

VI

Capítulo VII Vida nueva

VII

Capítulo VIII Inesperada avance

VIII

Capítulo IX Es hora de un cambio

IX

Capítulo X La guarida del lobo

X

Capítulo XI Dejar ir cómo es que...

XI

Capítulo XII Volveré...

XII

Capítulo XIII ¿Victoria?

XIII

Capítulo XIV Prisionera

XIV

Capítulo XV Luz!

XV

Capítulo XVI Epilogo Afortunado

XVI

LA ISLA DE LAS MUJERES

A Katiusha y Mara que me apreciaron primero y a todos los que me quieren.

## Prólogo

Esta es la versión revisada y corregida de mi primera novela "Sin amor en el sur".

Quiero dar las gracias a mi amiga de toda la vida, Elisabetta, que se ha encargado de ayudarme a compensar los graves errores de descuido, y a todos los amigos de Facebook que me han apoyado y animado a continuar mi humilde labor.

Quería advertir al lector de que se trata de una simple novela romántica sin pretensiones, basada en parte en una historia real, a la que quería dar una continuación de cuento de hadas, basada en mis experiencias.

Afortunadamente, existen personas hermosas y pasiones abrumadoras, la violencia doméstica y los feminicidios, por desgracia también, al igual que los tribunales y jueces honestos.

Mis estudios de turismo me llevan a veces a ser su guía en los lugares que experimentan los protagonistas, con la intención de hacerles participar y traerles a visitarlos, no me quieran mal por esto.

La primera edición ha sido acusada de banalidad, inexactitud y falta de veracidad, entretanto he hecho alguna experiencia, pues un extracto de esta trivial novela en 2015 fue premiado en concurso y publicado en antología (capítulo 7/8), por Sensoinverso Edizioni. En 2016 la novela entera también recibió una mención honorífica en el premio "El Narrador".

También añadido un cuento corto, también premiado en concurso: La isla de las mujeres, incipit de La isla sin regreso.

Dicho esto, le deseo una buena y despreocupada lectura.

*"El amor te hace un rebelde, un revolucionario. El amor te da alas para volar alto en el cielo".*

**OSHO**

# Capítulo I



# I

Era una "picciuttedda nica",\* bonita, pero discreta, en una ciudad demasiado caliente y opresiva. Recuerdo juegos y risas, chistes estúpidos, a veces divertidos.

Una palmada en la espalda, las carreras juguetonas, pannelle y crocché\*, manos untadas descuidadamente, invectivas en dialecto y la música a todo volumen de la radio de algún motocarro destartalado .

En el fondo la miseria de los barrios obreros con sus calles polvorientas y sucias, los muros de las casas quemadas por el sol se desmoronan, las persianas rotas y las extensiones de telas de colores, los cubos de basura quemados y los coches abandonados entre montones de porquería y escombros.

Cuando vi la mirada de mi padre a lo lejos, mi sangre se congeló. Mi hermano, no muy lejos, sintió mi tensión, prefirió seguir persiguiendo el balón con un amigo: su cuerpo seco hacía de él un deportista a ultranza.

- Vamos, toma más, nena, ¡déjala terminar!

Salvatore, un chico largo y delgado, todo ojos, me ofreció, con torpe amabilidad, una pequeña tarjeta comprada por unas pocas liras del panellaro, di un guiño de negación yo me fui con la cabeza gacha.

A mi alrededor los otros chicos imitaban a los cantantes a la moda, jugaban al fútbol, provocaban a las chicas y comieron con placer, haciendo todo el ruido propios de su edad.

Mi hermano y yo no estábamos acostumbrados a estar en la calle, sólo después de la escuela podíamos tener unos momentos de libertad.

Era normal en cualquier lugar del planeta, no en nuestra realidad prehistórica y obsoleta.

Papá tenía que haber terminado de trabajar ese día, miré a mi hermano y le dije que nos fuera. La figura gruesa, acompañada de una cara roja, que avanzaba con paso pesado, no prometía nada bueno. Sentí un escalofrío en mi espalda, me sentí como un niño que fue atrapado robando la mermelada. Caminamos en silencio mientras el humor oscuro de mi padre se acercaba a nosotros. Recibí una bofetada en la cara, miré hacia arriba como decir, "¿Por qué?"

- Señorita, ¿así te educamos? ¿Gritando como una gansa voluptuosa entre los chicos? ¿Quién es este idiota? ¿Qué es lo que quiere de ti? ¡Tu hermano no te mira para nada, siempre con esa pelota en el medio! ¡A partir de mañana después de la escuela, cuanto antes a la casa. ¡Me muerdo de oír cuentos! - Nos gritó encima.

Y en realidad no lo hacemos. La mejilla me quemaba mientras me hervía dentro de toda la rebelión que sentía emerger y que estoicamente repetía hacia atrás. La voz no quería ni debía salir.



Y no dijimos ni una palabra.

Y siempre fue así: mi padre era honesto, se sudaba el pan, nos quería proteger de una comunidad, la nuestra, difícil de vivir. Quería evitar que la escoria nos absorbiera en su remolino. Así que durante la mayor parte de mi vida hice lo que pude para complacerlo.

\*picciuttedda nica: cosita

\*panelle y croché: La panella es un panqueque de harina de garbanzos, típica comida callejera de la cocina palermitana. Las panelas se sirven sobre todo en medio de las Mafaldas - formas de pan de unos 200 gramos con la corteza cubierta de semillas de sésamo. A menudo se consumen junto con las "croché" o con otras especialidades fritas en pasta, y condimentadas al gusto con sal, pimienta y limón.

Capítulo II Acontecimientos condicionales



## II

Una vez me enamoré de verdad: de Alfio, inmaduro y fuerte, con sus lánguidos ojos negros de cervato y una masa de rizos oscuros.

Fue el único que me hizo sentir hermosa en el corazón de mi juventud, donde quizás podría dar lo mejor de mí misma.

Cada vez que se acercaba sentía largos escalofríos recorriendo mi cuerpo y cada beso que daba me dejaba sin aliento.

Compartimos atardeceres y playas aisladas, robando rincones del paraíso para nosotros.

Era el hombre que sentí que estaba hecho para mí. Lo deseaba con todo mi corazón, pero me preservé, retenida por las tradiciones atávicas de mi tierra.

Nuestra historia se prolongó durante unos meses, casi en secreto, él no quería hablar con mis padres. Era un simple trabajador y por el momento no tenía ganas de hacer planes para el futuro. Era tan joven y fresco...

- ¡Disfrutemos de la vida pequeñita, ya tenemos tiempo de sobra! - Él me decía con gran entusiasmo, pero pronto todo acabó.

Mi padre, serio y de una sola pieza, no aprobaba la filosofía de Alfio: demasiado distante de nuestro régimen patriarcal, que imponía honor y respeto.

Mi hermano Gianni empezó a darle fuerzas, y de mayor tendió a seguir sus pasos: un hábito genético.

Sin embargo, también a él se le negó durante años jugar al fútbol y salir con amigos, pero llegó a la conclusión de que él, convertido en mayor de edad, descarado y dotado de cierto encanto bohemio, tomó la decisión de huir al extranjero. Después de años de viaje y diversión desenfundada al límite del legal, se estableció en Francia y se acompañó a una francesa del norte, una tal Sylvie, unos años mayor que él, delgada y rubia, que despertó toda mi envidia.

Me convencieron, o más bien me obligaron a dejar a mi gran amor, señalándome toda la precariedad de nuestra relación y las escasas esperanzas de futuro.

Me concedieron a cambio de asistir a la escuela nocturna y así obtener ese diploma, que años antes no se había considerado importante para mi ajuar intelectual.

Mientras tanto, había sido criada para ser una mujer de casa perfecta y sobre todo para lavar y lavar mi conciencia y ahogar mi personalidad, cortándome de una vez por todas esas alas que podrían haberme hecho volar.

Empecé a ganar peso y a convertirme, poco a poco, en lo que en mi tierra se llama "una naranja con pies". Ya no me importaba nada, mi voz interior me decía que huyera, pero nunca encontré el valor.

Salía con algunas de mis compañeras de escuela para sacarme de la apatía, y fue por casualidad que conocí al hombre, que en ese momento pensé, me salvaría de mi prisión de plomo.

No era exactamente atractiva en ese momento, aparte de una gruesa masa de pelo castaño oscuro, era mantecosa y pequeña como una bonita y deliciosa magdalena.

Me presentaron a un joven descendiente de una buena familia por amigos de amigos: rico, lleno de vida, honesto y generoso. No se podía decir guapo: seco, incluso un poco rengo, con una incipiente calvicie, llevaba gafas de vista y se parecía en general a cierto político de breve fulgor, si es posible aún menos atractivo.

Empezó a cortejarme y a mimarme. En ese momento, rara vez me pasaba, nunca en realidad, así que me dejé llevar por la sensación agradable. Pronto quiso conocer a mis padres, que lo recibieron con calidez. Siempre era amable, atento y capaz de hacer gestos llamativos como organizar un bufé de Navidad, sin molestar a nadie.

Se llamaba Natalino y con él parecía que era Navidad todo el año.

Ya estaba en mis veinte años, era consciente de que todos esperaban que tuviera una bonita boda con nietos, una casa independiente, anexos y conectados, así que en poco tiempo me encontré comprometida con un precioso anillo de diamantes en el dedo.

Mi prometido me llevaba a menudo a cenar, organizaba viajes, intentaba que me divirtiera lo máximo posible y sobre todo aceptaba de buen grado la obligación de pasar un tiempo con los futuros suegros.

Mi hermano Gianni me consideró afortunada, todo parecía ir bien hacia el pasillo de la boda.

Me había resignada o quizás me había deslumbrada por la vida fácil, junto a una persona que te hace tal. Mi única rebelión fue no sintonizar nunca con mi futura suegra, viuda desde hace años y muy apegada a su único hijo. Pero incluso en esto fui afortunada, porque ella pensó que sería bueno salir del camino mucho antes de la fecha de la boda.

Capítulo III Una vez más digo que sí!



### III

Llegó el tan esperado día, mi padre, haciendo uso de sus ahorros, organizó un prestigioso almuerzo en un exclusivo hotel con vistas al mar.

Los invitados no eran muchos, sólo parientes y amigos cercanos. No fue una fanfarria, al contrario: una ceremonia fina, delicada, casi de élite.

Ese día me llevó horas de preparación entre peluquero y esteticista, con el pequeño resultado de una novia a medio camino entre una matryoshka y un pastel de merengue con zapatos de doce tacones.

Se tomaron cientos de fotos y luego se guardaron en un caro álbum de cuero encuadernado, que inmediatamente evité hojear para no deprimirme. La habría lanzado a las llamas por lo horrible y falsamente sonriente que me mostraron esas fotos.

La noche de bodas no fue para nada lo que siempre había soñado, al no tener experiencia, lo superé.

Mi atento novio siguió llenándome de atención y eso fue suficiente para mí.

Me recompensé con una lujosa luna de miel en París, e incluso me las arreglé para pasar unos días con mi hermano y su compañera francesa.

Gianni y Sylvie llevaban una vida bohemia, ambos trabajaban y siempre estaban en movimiento. ¡Me quedé perpleja por la extensión de bragas de encaje, poco más que un triángulo, de mi pseudocuñada, yo que llevaba las bragas de la abuela por problemas logísticos! Su vida y su hogar estaban constantemente en caos, pero eran palpables en el aire la atracción mutua y la armonía.

En el camino de regreso tuve algunos problemas de hígado por los últimos excesos, pero también tenía una dulce expectativa, como todos esperaban. Había acumulado demasiada grasa y la nueva condición me hizo más delicada.

Me hice más grande, mimada y consentida, tuve el privilegio de una clínica privada además de la amorosa ayuda de mi madre. Su aspecto delgado, oscuro y sumiso, era el pegamento de todo lo demás.

Así que di a luz a mi hija, "nà picciridda", porque eso es lo que todos esperaban, ella estaba en el proyecto de una buena esposa y madre.

No tenía el más mínimo instinto maternal y agitada por naturaleza me asustaba por nada.

La niña estaba muy callada, así que pensé que me pondría a limpiar y a lavar la casa y la ropa para mostrar a todo el mundo lo buena ama de casa que era.

Había exigido una renovación y un mobiliario impresionante para nuestra casa, situada en un barrio señorial, así que estaba obsesionada con mantenerla así.

Maníaca compulsiva, no me importaba si la niña a menudo jugaba sola o en espacios pequeños,

lo principal era que todo estuviera en perfecto orden.

Cada día repasaba sin excepción mi inviolable morada. Siempre estaba nerviosa y resentida con cualquiera que se interpusiera en mi limpieza. El mundo entero me parecía sucio y quería lavarlo y frotarlo hasta que brillara. Tal vez sólo era mi conciencia o mi alma la que era negra.

Poco a poco también me desvié de mis deberes conyugales, poniendo excusas cada vez menos plausibles para el sueño perturbado de la niña, separando así casi en definitiva el tálamo nupcial, hasta que se convirtió en un hábito.

Continué pasando todo el día con el paño en la mano para hacer brillar el aspecto exterior de mi vida, educando a mi hija de manera estricta y precisa e ignorando mi relación de pareja, si no en apariencia, construyendo una fachada de falsa felicidad.

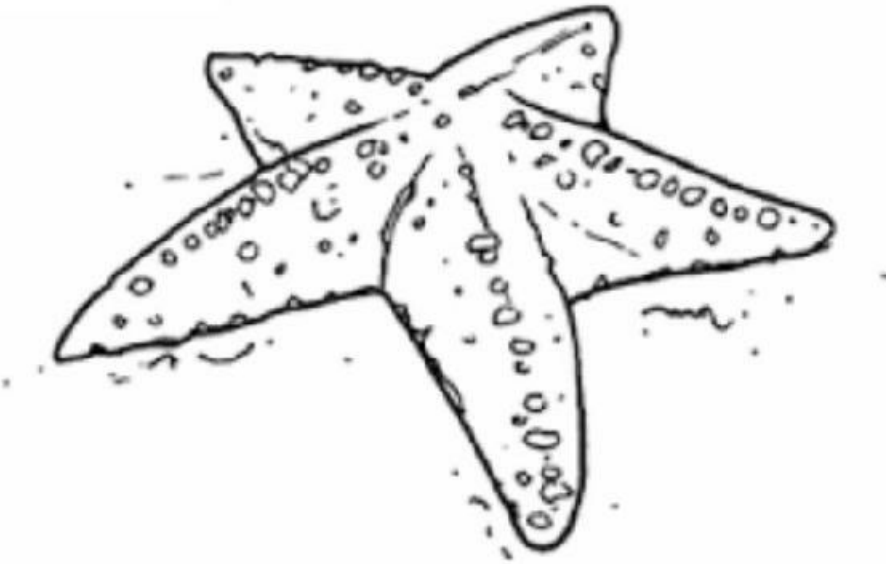
Hasta que un día mi ya no tierno marido me tomó por los hombros y me tiró contra la pared, poniéndome frente a la pura realidad "¡Todo esto tenía que terminar!

¡Algo nuevo tenía que pulsar! De otro hijo no se hablaba, ya me sentía tan abrumada y repito que mi instinto maternal no era el mejor. Tenía que elegir: o coser mi relación falsa o abandonar todo y rehacerme.

Peor que una ducha fría, una descarga eléctrica, un puñetazo en el estómago mientras se está tumbado al sol, pero tan efectivo que finalmente me cuestioné.

Cuánto añoraba, en aquel momento, esas manos grasientas de mis quince años, las mismas que hice lavar y volver a lavar a mi hija para que no afectara mi obsesión y mi orden en las cosas.

Capítulo IV Algo nuevo





## IV

Me encuentro aquí sentada en la arena recogiendo los fragmentos de una vida que no quería hasta el fondo, que me han cosido como un vestido que se ajusta, sin prestar atención a la arena que entra en mis sandalias de marca y se desliza en mis refinadas ropas.

Por cierto, me llamo Rosalía, no lo había revelado aún, es un nombre tan común en mi tierra que me convierte en una de muchas.

Miro el mar y el mar absorbe mis pensamientos, mientras la ola se extiende y ondula. ¿Qué he hecho conmigo misma?

Me he convertido en una máquina, un autómatas sin sentimientos, sólo con prejuicios e hipocresía, soy una tumba encalada, un fariseo lleno de formalismo vacío.

Vivo encerrada en mi mundo como una mujer de Chanteclair. "¿Quién limpia más que Chanteclair...?" Y no me doy cuenta de todo lo que no sé.

He roto los mandamientos maritales más importantes:

Me casé sin amor.

He educado sin amor,

He cocinado, lavado, planchado, barrido sin amor.

Y finalmente el mandamiento más significativo:

He vivido sin amor.

¿Qué puedo hacer para compensar todo este pecado? No se cambia de la noche a la mañana, no se cancela todo con un golpe de esponja y ¡no en este caso! No puedo amar a quien no amo, sólo puedo tratar de amarme a mí misma y a mi pequeña descendencia.

Puedo tirar estas ropas de "buena señora" y vestirme con la verdad.

Puedo, puedo...

El problema es que no sé qué hacer.

¿Desaparecer, alejarse a hurtadillas como tantas otras han hecho ya? Tal vez me busquen en un pozo o me encuentren en el Véneto... No, demasiado complicado.

Escondese como una fugitiva, cambiar mi identidad, mi vida, todo sin que todos lo sepan...

En los últimos años he perdido mucho peso, he adquirido nuevos rasgos femeninos y tal vez podría seguir siendo atractiva, con una peluca rubia estaría irreconocible.

¡Sí! Fugitiva en extremo como Thelma y Louise, pero ¿quién sería mi Louise? No tengo una amiga de verdad, no tengo ni una pizca de coraje, ¿a dónde quiero ir?

Ahora mi visión del mar y el sol están tomando formas de caleidoscopio, todo se mezcla y se rompe en un torbellino de luz, dos grandes lágrimas me rascan las mejillas, pruebo el sabor salado, me abren el corazón.

¡Ya me he decidido! Recogeré algunas cosas y le pediré asilo a mi hermano, finalmente llegaré

a ese enviado al extranjero que espero pueda dar el impulso necesario a mi nueva vida.

Me reinventaré como las chicas magrebíes, seguiré adelante y luego exigiré a mi hija. Yo también seré una inmigrante. Desde una latitud menor al sur, buscaré mi rescate. No necesitaré barcos que se desmoronen para llevarme a Lampedusa, no muy lejos de allí me iré por mi salvación. No dejaré la verdadera y sangrienta guerra, sólo mi lucha interior y mi rebelión contra la mentalidad arcaica de los isleños.

No lo haré en secreto con las primeras luces del amanecer, dejando a los durmientes inconscientes en sus cálidos lechos de sueño, al contrario, anunciaré mi decisión a todos y aceptaré las consecuencias.

Se lo debo a mi nueva yo, no permitiré que nadie me detenga.

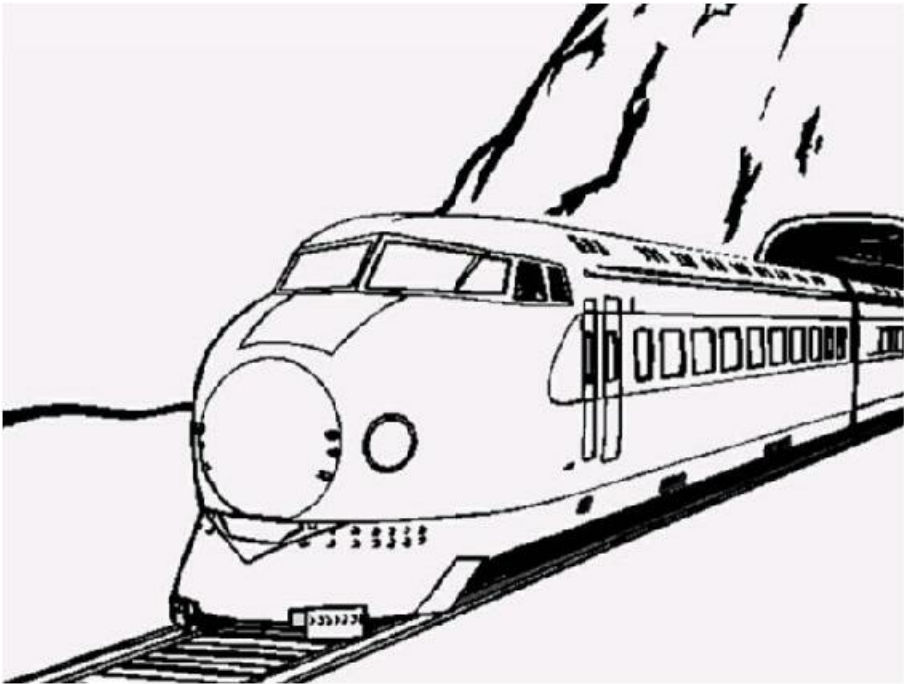
Por suerte, tengo algo mío guardado, no voy a robarle nada a nadie. Simplemente cerraré mi puerta y no me daré la vuelta ni por un segundo.

Vamos, vamos, finalmente libre para intentarlo por mi cuenta, cometer errores. ¡Para vivir!

Extrañaré pocas cosas de esta tierra quemada: su mar salado y cálido, el aroma de los cítricos y toda su belleza histórica y orgullosa, velada por el descuido.

Sí, mañana dejaré este nido ficticio, desplegaré mis alas y volaré hacia nuevos horizontes y también podré decir: "mañana será otro día y se verá..."

Capítulo V Salida



Elegí el tren, como medio de transporte, para llegar a mi destino de libertad, porque un viaje corto me habría catapultado demasiado pronto a la nueva realidad y no me daría tiempo a aceptar mi pasado.

Quería alejarme despacio y despacio para injertar las nuevas raíces.

Acercándome gradualmente a mi nuevo destino, saboreando cada momento y dejando atrás en breves cuadros las imágenes de mi tierra.

Desde esta ventana opaca veo playas de color rojo sangre al atardecer, casas encaramadas y en ruinas, orillas de pescadores, ancianos arreglando redes, niños persiguiendo su último baño.

Más tarde con el ferry dejaré mi isla para siempre y llegaré a tierra firme: ¡como un naufragio desgastado tocaré la tierra! A partir de entonces también podré cerrar los ojos, fantasear, dejarme arrullar por el suave traqueteo de los rieles y quizás dormirme.

En Roma, la capital, me despierto con la fragancia del café preparado por el personal de la literas y el ajetreo de los pasajeros que bajan o suben. Decido bajar enseguida también yo para el cambio de tren, escucho el habla románica que me suscita una sonrisa. Por desgracia, no tengo tiempo para mirar tanto a mi alrededor o alejarme, pero me siento ya a salvo, desembarcada y en camino de metamorfosis. Ya no isleña, sino ciudadana del mundo.

Me apresuro a tomar otro tren, con destino a Ventimiglia y luego a Francia. Arrastro mi carrito, miro las vías y aparece en mi mente un vago recuerdo de otra mujer sola en la estación, con un gran peso en su corazón: Anna Karenina de Tolstoi.

Ella buscó en las vías y encontró la muerte, aniquilada por un amor profundamente sufrido, yo aquí busco la vida y no dejo ningún amor desgarrador, sólo una yo equivocada.

Me paro del lado de la ventana y veo las existencias, los pueblos, las ciudades fluyendo. Mis ojos vuelven a buscar el mar y se satisfacen cuando llegan a Liguria. Ya conozco la impenetrable y rocosa, fantástica y primordial, arcana y llena de encanto costa este y el centro de esta cadena de perlas: Génova, la joya capital, tan ciudad y tan puerto, hasta llegar a las playas arenosas y doradas de la costa opuesta.

Me acerco cada vez más a mi destino, mi corazón empieza a temblar, pronto cruzaré la frontera.

- Bonjour madame, le billet s'il vous plaît! - - El controlador me despierta de mis pensamientos, estoy a punto de llegar, estoy en Francia.

He tenido que hacer algunos cambios de tren y ahora, cuando llego a Niza, me apoyaré en los ferrocarriles franceses, que me llevarán vía Marsella a mi destino, cubriendo la mayor parte de la

Costa Azul.

El mío es un destino marítimo, como isleña no podía estar lejos y así mi hermano que me acogerá.

Me dirijo hacia el sur de Francia, en el Languedoc, soy del sur que va hacia otro sur para no sentirme demasiado como una extraña.

Uno siempre está al sur de algo y al norte de otra cosa.

Me dirijo hacia una ciudad que ha sido poblada en los últimos siglos por italianos y corsos, por lo que me siento casi como en casa: Sète, la pequeña Venecia francesa, con sus canales entre la laguna de la Cuenca del Thau y el Mediterráneo. Es el segundo puerto francés después de Marsella y un sitio turístico y costero con 12 km de costa arenosa intercalada con antiguas salinas, colinas de viñedos y suaves colinas detrás, incluyendo el Mont Saint Clair.

El clima aquí es suave y mediterráneo, ciertamente más confortable que el de mi isla ardiente y la cocina es apetitosa con influencias italianas. Está situado cerca de Montpellier, un centro universitario muy acreditado, y en Provenza, famosa por sus flores de lavanda, así como a un tiro de piedra de la Camarga, un fantástico parque regional con su naturaleza salvaje.

Ya conozco mi destino, de mi anterior viaje a Francia, y sé que no podría estar mejor en otro lugar.

Veo Cannes, Saint Tropez, Marsella, Toulon, Montpellier, el Golfo de León desfilando ante mis ojos. Cada vez estoy más cerca de mi lugar de atraque, estoy cansada, pero sé con certeza que Gianni me esperará en la llamada “*gare*” y que en cinco minutos estaremos en su casa del centro.

Quería este largo y roto viaje, casi como si quisiera seguir los pasos de los antiguos inmigrantes, casi como si quisiera ser un pionero de mi destino.

Mi hermano, rebautizado Jean por los franceses locales, llega a tiempo, esperándome en la estación con su Sylvie. Sonriendo y preocupándose, me abrazan y me arrastran hacia su viejo Citroën azul celeste.

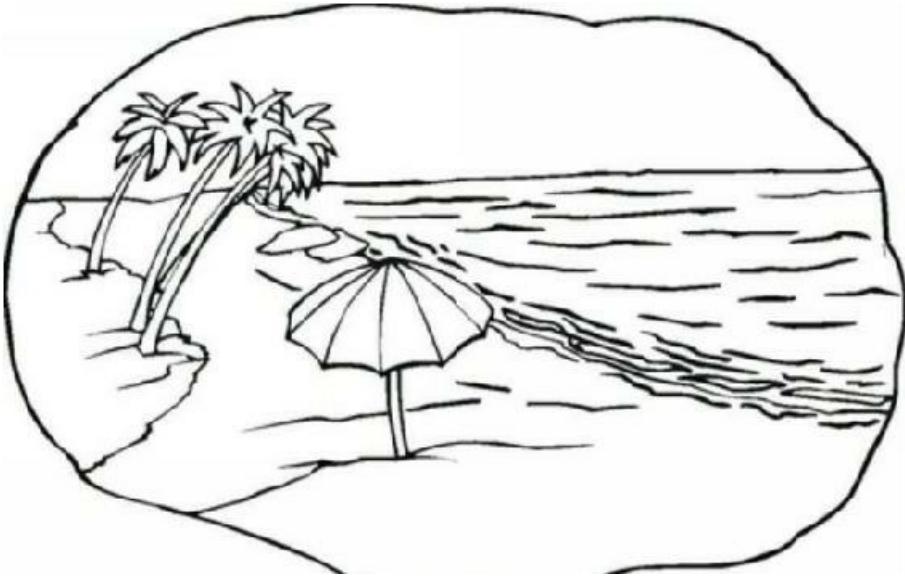
Pronto llegamos al muelle, donde entre los puestos y pequeños restaurantes, se encuentra su pequeña *maison* en estilo provenzal, persianas turquesas y flores en las ventanas.

Todo aquí es sobre el mar y el cielo, me siento como una mariposa flotando en un resplandor de luz y colores.

Estoy agotada, necesito descansar, mañana miraré por ahí y conoceré mejor la ciudad. Me acuesto en la colcha de color glicina, en una bonita habitación que goza de una magnífica vista del mar.

Mañana, mi nueva vida empezará.

Capítulo VI Nuevo desembarco



## VI

A la mañana siguiente, a primera hora, me permito un delicioso desayuno a base de cruasán recién horneado y un café, casi decente para los cánones italianos.

Me dirijo hacia la playa más cercana y me quedo encantada: arena fina, casi impalpable, limpia y húmeda, rociada con miles de conchas o mejor conchas de mejillones. Recogeré algunos, harán la felicidad de mi hija.

En este lento paso mío sobre la arena caliente, en el aire todavía fresco de la mañana, veo un horizonte infinito y mi alma se funde con el mar que tanto amo.

Más tarde iré a visitar mi nuevo ambiente de trabajo, mi cuñada me consiguió un trabajo como camarera, en un pequeño restaurante dirigido por sus conocidos.

No tengo experiencia, pero no me falta buena voluntad y el hábito del trabajo físico.

Tengo un conocimiento escolástico de la lengua francesa, pero confío en la bondad de los demás y en mi terquedad, y luego pienso comenzar con las tareas más humildes.

El lugar en cuestión parece casi un *bistrot*, con bancos de madera oscura iluminados por pequeñas farolas en el exterior, redes de pesca y nudos de mar en las paredes interiores. Puedes disfrutar de una de las mejores cocinas de la costa.

Tengo el placer de probar la Bourride y la Bouillabasse, excelentes como las ostras bretonas o locales, todo estrictamente fresco y aromatizado con especias provenzales.

Conozco a los gerentes y a mis futuros colegas, el chef Vincent no está presente. Como una estrella hará su entrada en el momento más creativo, dejando el resto del trabajo a la baja mano de obra. Dicen que no le falta encanto y carisma, pero eso no es lo que me interesa.

Todavía tengo unos días más para instalarme y organizarme, me dejaré guiar un poco más, y luego me independizaré.

Esta noche asistiré a uno de los famosos torneos de justas del Languedoc y mañana tengo previsto visitar lugares de interés histórico como Arles, una antigua ciudad romana con una arena, Aviñón y Nîmes.

Esta parte de Francia parece tener muchas similitudes con mi tierra natal: la pequeña Venecia, la micro Roma, las colinas de viñedos y el amplio campo que evoca la Toscana.

¿Dónde podría sentirme más en casa? Ciertamente no habría elegido un frío y hostil país del norte de Europa, aunque igualmente fascinante.

Mis ojos están llenos de cosas nuevas y hermosas, mi cuerpo descansado, mi mente curada.

También dejé que Sylvie me convenciera de ir de compras en ropa interior fina y vestidos más coloridos y ligeros, lejos de mi estilo de "Señora exitosa".

Flores, tejidos de *crêpe de Chine* y *voile*, escotes, transparencias tintadas, pantalones cortos y tops brillantes para el mar, algo étnico y algo refinado para la noche.

¡Un vestuario renovado, una vida renovada!

La divertida y concreta Sylvie me hace girar como un trompo para los puestos de época y las pequeñas tiendas, incansable e insaciable de novedad.

Conoce a todos los comerciantes y se entretiene felizmente en conversaciones juguetonas. ¡Cómo me gustaría ser tan libre y desenvuelta también!

Se acerca el día de mi aprendizaje en el restaurante "Le Blue" y empiezo a emocionarme al pensarlo. El uniforme es juvenil y práctico, con un hermoso color borgoña que queda bien a mi tez y a mi pelo oscuro.

Llevaré el pelo rigurosamente recogido para no cortármelo y he encontrado un par de zapatos cómodos, pero lo suficientemente altos para hacer que mi figura se eleve, quiero presentarme lo mejor posible y olvidar mi tozudez del pasado.

Unos días más de reconocimiento en los alrededores, un poco de repaso a la conversación francesa y estaré lista para empezar.



Capítulo VII Vida nueva



## VII

Finalmente llega el jueves, un buen día para empezar a trabajar, no demasiado caótico para una inserción gradual.

Me presento vestida de todo punto y en orden, los gerentes me acogen con calidez y me explican lo esencial para proceder. Para empezar, prepararé y levantaré las mesas y serviré algunos pedidos. En la sala todo va bien, hasta que me envían a la cocina a recoger una orden.

Entro con temor, en el centro de la cocina, se eleva la figura imponente del chef Vincent, y recibo una descarga. Su mirada volitiva, su sonrisa desenfrenada, me derrite como mantequilla al fuego.

Tiene ojos verdes intensos y penetrantes, pelo marrón dorado medio largo, cubiertos por un pañuelo burdeos, una barba apenas insinuada y un físico muy bien cuidado, macizo pero atlético, elegancia innata.

Se mueve con destreza y movimientos felinos, exuda sensualidad incluso mientras prueba sus salsas con la punta de un dedo.

Me ahogo y tropiezo, no puedo pronunciar una palabra, siento el rubor hasta la raíz de mi pelo, mientras él me habla amablemente.

- *Mais oui*, tú debes ser... *la petite italienne*... Rosalie. ¡Bienvenida! No te preocupes, soy un *peu italien moi aussi*... esquiaremos... *très bien! Voilà la commande*... mesa 17! - Y con una sonrisa magnética me entrega el plato mientras yo murmuro uno sencillo:

- *Merci Chef*...

Me alejo con los ojos abajo, mis piernas tiemblan como gelatina y mi corazón de repente da volteretas. Intento recuperar la compostura al llegar a la mesa de servicio.

La semana pasó rápidamente, los días del fin de semana fueron agitados y me cansé hasta que mis piernas se hincharon y mis extremidades se hicieron pedazos.

Hoy lunes, es mi día libre, me voy a tumbar al sol durante unas horas, luego haré una pequeña excursión: me hablaron mucho del cementerio marino en las laderas del Mont Saint Clair. Una antigua necrópolis de finales del siglo XVII con vistas a la llamada Corniche, iluminada por el brillante Mediterráneo, que debo visitar absolutamente! Me dijeron que si subes a la capilla de Notre Dame de la Salette disfrutarás de una vista impresionante.

Nunca he sido una gran caminadora, como parece que vale la pena, me arrojo en cuerpo y alma, y también siento la necesidad de un mínimo de soledad.

Después de un refrescante baño en la habitual pequeña playa de Sète, me dirijo de buena manera hacia las laderas de la montaña. El paseo es en realidad un poco cansado, de vez en

cuando me detengo en alguna zona sombreada, haciendo el fondo de una pequeña botella de Perrier.

Al llegar al cementerio respiro un aire sereno lleno de belleza y tranquilidad. El cielo azul y el mar, del que puedo inhalar el intenso perfume, hacen que todo no sea para nada melancólico o conmovedor. Aquí los difuntos parecen descansar dignamente en paz, entre ellos algunos ilustres poetas como Paul Valéry y Jean Vilar, enterrados en la inimitable poesía de la naturaleza. ¿Qué mejor morada para la eternidad?

Es asombroso todo este blanco de mármol, verde silvano y azul marino y aéreo que se mezclan en armonía.

Camino relajada y satisfecha, dirigiéndome hacia la pequeña iglesia, destino de mi último esfuerzo, cuando parece que veo una figura conocida al borde del camino.

El sol me deslumbra, apretando los ojos consigo enfocar la inconfundible silueta del Chef Vincent. Mi corazón salta en mi pecho y por un momento me quedo en el banquillo. Pienso en lo impresentable que seré con la cara sonrojada, la ropa polvorienta y la frente llena de sudor. Ajusto mi sombrero de sol, me bajo las gafas oscuras y trato de pasar desapercibida. Pero tan pronto como paso por su sombra me oigo llamar por la habitual voz cálida y amistosa.

- ¡Rosalie! *C'est toi...* ¿Eres tú?

También él está bastante sudoroso y con un traje para correr que resalta su físico y sus músculos tonificados, pero aparentemente para él es sólo un ejercicio ordinario.

Su pelo libre brilla con reflejos dorados y si es posible sus ojos brillan aún más, como esmeraldas.

Como siempre, no encuentro las palabras y miro la punta de mis zapatos.

- *Ma petite*, debes estar cansada, ven, te ayudaré. Un último esfuerzo y verás...

Él extiende su mano, yo torpe extendiendo la mía y dejo que me ayude a subir las últimas cuestas. Jadeando llegamos a la cumbre y siento que el mundo podría detenerse ahora mismo, ya no tendría que girar: ¡aquí está todo lo que los ojos humanos quisieran ver!

Vincent contempla la vista conmigo y en silencio nuestros corazones laten al unísono. Pierdo la noción del tiempo, sólo me recojo con el sonido de su voz.

- *Alors*, pequeña niña italiana, ¿qué piensas? ¿Valió la pena, *n'est pas?*

- Sí, sí, por supuesto... ¡es maravilloso! - Respondo todavía aturdida por la visión celestial y su presencia.

- No hablas mucho, ¿verdad? Bien, así que no cansarás mi cerebro con toda esa charla inútil de mujeres. Eres una compañera de viaje muy valiosa. Vamos, el sol se va a poner pronto y si me lo permites, me gustaría que experimentaras otra emoción. ¡Teníamos que conocernos mejor, tarde o temprano!

Decido dejarme llevar por los acontecimientos y no poner ninguna objeción. Como un tierno corderito, sigo a mi cautivador pastor.

Capítulo VIII Inesperada avance



## VIII

El regreso es menos pesado, ahora necesito absolutamente tomar una larga y relajante ducha, Vincent me estará esperando para cenar bajo la casa.

¿Qué es lo que pasa?

Mientras que los arroyos de agua tibia purifican mi cuerpo, me deslizo mentalmente a través del día y creo que he vivido un sueño. La cautivadora atmósfera del cementerio marino, la presencia de Vincent, no me atrevo a preguntarme por qué tan interés.

Sí, soy tranquila y discreta, pero su invitación me asombra, ¿quién sabe cuántas bellas mujeres francesas aspiran a su compañía! A la vuelta me confió que se sentía un hombre sencillo con pretensiones igualmente sencillas, nada atraído por la ostentación y el espectáculo. Tal vez por eso está buscando mi amistad y sondeando mi personalidad. Después de todo, yo también tengo que descubrir los meandros desconocidos de mi interior y todavía tengo que dar a mi nueva alma un aliento de vida.

Me seco cuidadosamente mientras sigo fantaseando, me decido por un vestido de *crêpe* ligero, de estilo étnico, en tonos azules y un broche de flores en mi pelo largo. Un toque de mi perfume favorito, fresco y cítrico, chanclas joya con tacones y estoy lista.

En realidad estoy temblando, me siento como una colegiala en una primera cita, entonces me digo: "¡Es simplemente una cena entre colegas que están tratando de conocerse mejor!

Pero ni siquiera este pensamiento puede calmarme y hacer que mi corazón deje de latir como loco en la corta espera.

Vincent llega a tiempo en una versión centauro: casco integral y chaqueta de cuero negro, lo miro con asombro. Se baja de la hermosa moto cromada y me entrega un par de accesorios que son completamente iguales a los suyos y con hacer casual me dice:

- No tienes miedo, ¿verdad? Me encanta conducir una motocicleta: ¡es la libertad en su forma más pura!

Me siento un poco asustada en realidad, y no sólo por la moto. Pero esta noche no quiero negarme nada y entonces Vincent es tan fascinante, en esta versión "Caballero post moderno sobre caballo de hojalata", que me hace subestimar o mejor olvidar los riesgos.

Sólo pregunto: - ¿Adónde vamos?

Me responde con un aire misterioso y ojos maliciosos.

- ¡Vivir un cuadro!

Me subo a la moto lo más rápido posible, por suerte la falda es lo suficientemente ancha y las

aberturas laterales ayudan, la chaqueta es un poco grande para mí, pero sin duda me protegerá del aire fresco de la tarde en el camino.

Me pongo el casco, tratando de no aplastar la flor, me envuelvo ligeramente intimidada a sus caderas y con un poderoso rugido metálico nos vamos! ¡Qué maravillosa sensación de libertad!

Intento seguir suavemente el ritmo de la moto y no ponerme tensa, mi pelo baila con el viento y todo lo que mis ojos ven desfilar parece estar al alcance de la mano.

Me siento unida a la carretera, mi centauro no presiona demasiado el acelerador, no sé si por respeto a mí o para disfrutar mejor del paisaje.

Ya he hecho esta ruta en coche, en moto es completamente diferente, me parece la primera vez.

Mientras tanto comienza a oscurecer, una miríada de luces iluminan nuestra ruta entre los pequeños pueblos más o menos importantes y aquí llegamos a Arles, reconozco el antiguo anfiteatro que una vez fue hogar de sangrientas peleas entre gladiadores. Quizás entendí las intenciones de Vincent: la ciudad es famosa por las pinturas de Van Gogh, a menudo inspiradas en estos lugares por la noche. La visité durante el día, así que no espero la emoción de formar parte de la "Noche estrellada en el Ródano" y luego ser la protagonista, junto con el contemporáneo Vincent, de la "Terraza del café de la noche en la *Place du Forum*".

Nos sentamos en una pequeña mesa: aquí hay varios lugares que sirven coloridas y sabrosas *baguettes* y ensaladas, adornadas con aceite de oliva y hierbas provenzales que satisfacen no sólo el paladar, sino también la vista.

Vincent me mira satisfecho con mi asombro y llena generosamente mi copa con un fragante vino ámbar.

- Verás, esta es la noche ideal para ser parte de la famosa pintura de Van Gogh... El cielo estrellado, el paseo... ¡la vida palpitante! El secreto de este cuadro es el equilibrio entre el misterio del infinito y la noche y la naturaleza terrenal del hombre, que se aferra a la vida y se entrega a sus pequeños placeres, como caminar o sentarse a una mesa... Es la combinación adecuada que hace que la vida sea aceptable: asombro y placer, abstracto y concreto, estas son las cosas que me gustaría compartir con una mujer...

Yo me ruborizo y pienso que después de estas palabras ya no necesitaría saber más de él: es encantador, inteligente, culto e incluso profundo. ¿Qué más se podría pedir? Una duda me ataca de repente, demasiado perfecto, ¿cuál será la solapa de la medalla? Bebo un sorbo de vino fresco para animarme y digo:

- Es verdad... es estimulante, ¡todo parece tan real! Un hombre como tú tiene mucho que dar a una mujer y no perderás la oportunidad.

- Oh pequeña niña italiana... ¡siempre a la defensiva! ¿Qué te hizo estar tan insegura acerca de *toi-même*?

Después de un par de copas de Chardonnay, me dejé llevar un poco y empecé a contarle los detalles más significativos de mi vida. Termino con el matrimonio fallido, la fuga y el alejamiento de mi pequeña Irene.

Vincent me mira intensamente a los ojos, como si quisiera penetrar en las capas de mi alma.

- *Alors*, pequeña Rosalie, eres una fugitiva en busca de ti misma... podemos trabajar en eso, tengo una vasta experiencia, sólo fui capaz de encontrarme a mí mismo después de años de intenso vagabundeo.

- ¿Por qué yo, Vincent?

- Porque aún no has descubierto la mitad de lo que vales, ¡y eso es un verdadero \*dommage!

La noche vuelve sobre temas más ligeros, observamos lo que nos rodea y Vincent me promete una nueva excursión a la Camarga para el próximo día libre.

Se está haciendo tarde y es hora de volver, mañana será un día de trabajo, me siento pagada pero agotada.

Mi compañero me da la mano de un verdadero caballero para que me levante de la mesa, su contacto irradia agradables sensaciones electrizantes y a la vez relajantes. Tal vez estoy un poco achispada y me abandono a ese contacto sin resistirme.

El viaje de vuelta en la moto es mucho más rápido, me agarro a Vincent y cierro los ojos disfrutando de su cercanía.

Una vez llegados al destino, con la playa de Sète a nuestras espaldas, se quita el casco y me quita suavemente el mío, me toma la barbilla entre los dedos y me toca los labios con un beso casto que todavía me da escalofríos.

- Buenas noches Rosalie, trata de descansar... cuida tu dulce cara. Puede que no lo sepas, pero eres *très jolie!*

Devuelvo el saludo, doy la gracias por la hermosa velada y subo lentamente las escaleras del apartamento de Jean y Sylvie, vacío porque ambos están de vacaciones.

Todavía siento el calor de los labios de Vincent en los míos, me siento agradablemente aturdida y algo perpleja. No quiero correr el riesgo de enamorarme, no estoy lista: todavía tengo que aceptar mi pasado. Cualquier decepción en este momento sería demasiado difícil de soportar. Aceptaré su amistad y me obligaré a no dejarme llevar demasiado lejos.

Me deslizo bajo las sábanas de la cama individual y me duermo casi inmediatamente, vencida por el cansancio.

\*Dommage: lástima

**Capítulo IX**    **Es hora de un cambio**





## IX

Los días después del trabajo todo tiene lugar regularmente, me estoy volviendo cada vez más práctica y maestra del idioma, estoy empezando a servir más y más mesas y recibir gratificantes propinas.

Mi relación de trabajo con Vincent sigue la práctica, sin alboroto, sin vergüenza.

De vez en cuando le sorprendo observándome con interés y satisfacción por el compromiso y los resultados que me hacen más eficiente y profesional.

A menudo trato de hablar con mi hija Irene por teléfono. La situación no es fácil con el padre que actúa como filtro y maneja las llamadas, a menudo sólo da excusas por despecho o habla de abogados y reglas a respetar.

Creo que estoy siendo seguida por un abogado civil aquí en Francia y luchando para hacer valer mis derechos. Sylvie ya me ha señalado a uno muy bueno y competente en casos con menores.

No quiero alejarla de su padre de forma absoluta, sólo espero encontrar un acuerdo de custodia compartida, el más conveniente para todos, especialmente para la pequeña.

Durante mis horas libres trato de relajarme al sol y hago largos baños, mi cuerpo empieza a beneficiarse de ello en el tono y la piel de color ámbar adquiere brillo. Yo también empiezo a encontrarme casi guapa, me atrevo a un maquillaje más intenso sólo en los ojos, con kajal y rímel, creo que me da un aire casi oriental y misterioso.

En el trabajo, un par de pesados me rodean, nada significativo, la clientela es de cierto nivel, así que no me arriesgo a apuntar a borrachos o energúmenos groseros y siempre está Vincent protegiéndome.

Conseguí una cita con el abogado Lambert, salí de su oficina preocupada y angustiada.

Las cosas no son fáciles por la distancia y mi ex-marido parece querer interponerse en mi camino en todos los sentidos. Las últimas sentencias en Italia han favorecido este tipo de custodia para los padres que viven en el extranjero. Si aceptara, como de costumbre, la custodia básica de la madre, no le impediría las visitas y las vacaciones.

Después de todo, la distancia en avión no es insuperable, un par de horas como máximo.

Ni siquiera me opondría a dejar a la niña con él durante la mayor parte del verano, que es el más exigente para mi trabajo.

Buscaría un pequeño apartamento para alquilar con el fin de tener espacio y autonomía y matricularía a la niña en un jardín de infancia local para integrarla inmediatamente con sus compañeros y el lugar, sin olvidar el precioso apoyo de sus tíos maternos.

Todo es factible, como me explicó el abogado, pero habrá que luchar. Mientras tanto nuestra causa de separación seguirá adelante, quiero mi libertad y mi vida de vuelta lo antes posible.

¡Todo esto fue un gran error, y la única culpable en realidad soy yo! Estoy dispuesta a pagar por todo, pero no el precio de perder a mi hija.

Tengo que descargar toda esta tensión, acepté participar en la excursión a Camargue con Vincent, no estoy de humor, pero lo mejor es mantener la calma y la lucidez, así que me permitiré esta distracción.

Los dos últimos días de la semana son como siempre caóticos y agotadores, casi no tengo tiempo para pensar.

El domingo por la noche, cuando el club cierra, Vincent me recuerda nuestra cita para la mañana siguiente: despertar temprano y ropa cómoda.

- ¡No olvides el repelente de mosquitos! ¡La Camarga es una zona muy húmeda y rica en fauna!

Después de estas sabias y reflexivas recomendaciones voy a retirarme y organizar lo necesario para el día siguiente. Mañana será otro día y veremos...

El lunes por la mañana el despertador suena a las siete, ya estoy en pie y en el fervor de los preparativos.

Opto por una ducha rápida, maquillaje ligero, pelo suelto, ropa deportiva con un toque de glamour, pequeña mochila con lo necesario para un viaje corto; para el resto confío completamente en mi guía que llega, como siempre, puntual como un reloj suizo.

Obviamente montando en su moto, la habitual chaqueta de cuero, jeans usados de tendencia extremadamente sexy, botas de camperos, sonrisa cautivadora, una hermosa visión en definitiva.

- Bonjour Rosalie, ¿estás lista? Hoy conocerás la naturaleza salvaje de la Camarga y yo conoceré la tuya un poco más...

¿Qué quiere decir? Me limito a responder: - ¡Muy bien, entonces vamos!

Esta vez descendemos más al sur de Arles, primera parada Aigues Morte para un café y un recorrido por la ciudad medieval, rodeada de murallas fortificadas en medio de las salinas.

La ciudad es interesante y está llena de tiendas de todo tipo y peculiaridades que venden desde cajas de música hasta piedras semipreciosas y grabados antiguos. Me recuerda vagamente a San Marino.

Me dejé tentar por comprar un colgante de ámbar con forma de corazón para Irene. Vincent me da una mirada cómplice y lo aprueba.

Descendemos aún más al sur hacia el mar, la Camarga es técnicamente una isla porque está completamente rodeada de agua, entre el Mediterráneo y los dos brazos del río Ródano que desembocan en ella.

Es tan rica en fauna y flora que es única en el mundo, entre mares y ríos pantanosos y extensiones de campos cultivados.

A menudo, durante el trayecto, vemos rebaños de bovinos, carneros, toros y espléndidos caballos, en su mayoría blancos, en estado salvaje y flamencos rosas o cinerinos que pescan en la laguna. Los lagos están cubiertos de juncos, la vegetación es rica y variada: narcisos, tamariscos, romero, lavanda silvestre, lirios, lenteja y muchas otras variedades que no conozco. A mis ojos hay una belleza natural salvaje y fascinante, con un alma indomable.

Bandadas de aves migratorias y asiduos llenan a montones el cielo azul y claro y no es difícil ver zorros, jabalíes o castores, así como garzas y urracas entre los pantanos.

Llegamos a Saint Marie de la Mer donde hay una hermosa playa equipada y un mar azul para disfrutar. Hacemos una parada aquí también, pero no es nuestra última parada, como explica Vincent.

- Quería darte una idea completa de la versatilidad de esta zona y de su continua modificación, gracias al Ródano que la plasma a su antojo. Me gustaría ser tu Ródano, si tan solo me confiaras...

Se está volviendo más y más provocativo y bastante engreído, creo, pero me gustan los desafíos.

- ¿Y quién dice que te dejaría moldearme?

Vincent me mira directamente a los ojos y con una sonrisa casi divertida responde: - Lo harás... lo harás...

La voz es ronca, casi un susurro, oigo mi corazón saltar, miro hacia otro lado recogiendo una concha.

Mi estómago empieza a tener un poco de hambre, así que nos dirigimos a nuestra última etapa: el Domaine de la Palissade, subimos un poco más al norte y cruzamos el territorio, que una vez fue una exclusiva finca de caza y pesca, ahora abierta a los visitantes a pie por caminos preparados.

Hay varias zonas de picnic, mi guía saca las provisiones de los bolsillos laterales de la moto y se las arregla para organizar un delicioso banquete en un tiempo mínimo.

Vino milagrosamente fresco y espumoso, *paté de foie gras*, *baguettes* crujientes, tortillas, *mini quiches* y tartaletas de frutas.

- Ahora come, *ma petite*, tienes que recuperar tus fuerzas... un buen paseo nos espera.

Es agradable dejarse guiar y la organización no carece de calidad, así que no puedo evitar disfrutar de todo esto. Pruebo todas las delicias que Vincent ha preparado, alabando su exquisitez.

Me sentiría llevada a una siesta en esta paz fantástica y la frescura de la sombra, pero mi guía me anima a levantarme para continuar a pie la excursión real en el parque circundante.

Admiro sobre todo los caballos blancos de tamaño medio, camarga raza, que corren libremente entre claros y lagunas de arena. Me gustaría saber cómo cabalgar: también hay rutas a caballo aquí, debe ser una sensación emocionante galopar por una zona tan vasta.

Vincent siente mis pensamientos:

- Quieres ser libre de galopar como esos caballos, pero te sientes atada, guiñas y muerdes el freno...

- Tengo todas las razones para hacerlo. - Respondo a la defensiva.

- No hay ninguna razón en el mundo que nos impida vivir.

Me lleva a un camino secundario, no lejos de un pequeño lago, entre cañas y bandadas de patos que se levantan al pasar. Se sienta perezosamente en el suelo y me atrae hacia él.

Totalmente impertinente, pero irresistible.

Sus ojos brillan con una extraña luz que invita, me toca y las descargas eléctricas impregnan mi aura. Nuestras bocas se buscan entre sí, se encuentran en un intenso y verdadero beso, robándose

el aliento. Nuestras lenguas permanecen, y luego encuentran el codiciado sabor del otro.

Todavía me mira a los ojos con una sonrisa muy dulce, me arregla un mechón de pelo y empieza a besarme el cuello lentamente hasta el escote de barco de mi top rosa. Baja suavemente las correas, liberando mis turgentes y blancos pechos en contraste con mi bronceado. Ahora sólo estamos nosotros, descuidados del mundo que nos rodea, la cabeza atrapada como por un continuo mareo, el corazón que tiembla y anhela, los intestinos que se contraen.

¡Nunca he sentido un deseo tan intenso! ¡Estoy flotando entre el infierno y el cielo! Las llamas y el fuego me envuelven, y al mismo tiempo puedo girar fácilmente por el aire sin peso.

Desearía que sus manos nunca dejaran de explorarme y de gratificarme...

Tiramos nuestras ropas frenéticamente y nos encontramos primitivos en medio de la naturaleza, incluso más salvaje que ella.

Montamos olas de amor en el coito, mirándonos con participación y besándonos con furia y determinación. Me gustaría gritar mi placer al mundo entero, simplemente gimo, brotando lágrimas de liberación y felicidad. Leí el placer también en su cara, en un éxtasis fuera del tiempo y la realidad.

Hemos sido un cuerpo, un alma, en una fusión de metempsicosis más que carnal, una dimensión completamente nueva para mí y nunca sentida. Nos quedamos quietos unos momentos en silencio, mi pelo como una cortina de luz en su pecho. Mis dedos describen pequeñas caricias en un círculo sobre sus hombros y pectorales, me gustaría quedarme así para siempre, sin tener que volver a soltarme de este abrazo.

Vincent apoya tiernamente sus labios en mi cabeza y me sostiene cerca de él suspirando.

- Mi pequeña, vi en ti a la potra salvaje para domar... y en cambio fui domesticado, apaciguado, hechizado!

Lo beso una vez más y me refugio en su aliento, cerrando los ojos. Quiero prolongar este momento un poco más.

El mundo se ha detenido durante un período de tiempo indefinido, el canto de las cigarras inaudito, nada nos ha turbado más, encerrados en una inmensa burbuja mágica completamente aislante.

Nos vestimos y nos levantamos perezosamente sin quitarnos los ojos de encima, con las manos entrelazadas retomamos la ruta y buscamos la posición para el paseo en carruaje. Este original paseo resulta muy, muy romántico en la luz roja rayada de violeta, el sol moribundo en el horizonte que incendia el paisaje. No dejamos de mirarnos y besarnos, unidos por la recién adquirida intimidad.

Es hora de volver a la moto, la cena es nuestro último pensamiento, hambrientos sólo de nosotros mismos.

Me aferro a Vincent y me dejo conducir sin hacer preguntas.

## Capítulo X La guarida del lobo



Aquí estamos de nuevo en Sète, esta vez mi compañero aparca en una callejuela desconocida para mí, que lleva a una espléndida residencia con canteros verdes y floridos y las inevitables persianas azules, una piscina limpia y cuidada y un impecable losado solar.

- Te llevo a ver mi guarida, pero pequeña, no seguirás teniendo miedo del lobo, ¿verdad?  
Sonríe y le pellizca el brazo en broma.

El apartamento es muy moderno, cocina equipada profesionalmente, porche exterior, estanterías, sofás de esquina, cojines suaves colocados sobre alfombras de color en el espacio abierto. Es notablemente ordenado para una guarida de lobo solitario y presiento una ayuda bien pagada.

- Esta noche cocinaremos juntos, así podremos compartir algo más de nosotros mismos.

Suena divertido, pero no soy una gran cocinera, así que atesoraré los preciosos consejos de mi madre y le propondré algo insular, es decir, esas dos o tres cosas que hago mejor.

- Vale, lo que sea... pero te advierto que no soy muy buena en eso. - Me disculpo.

- Te enseñaré.... Continúo con mi proyecto de moldearte como las aguas del Ródano, por lo demás, pronto aprenderás al parecer.

Me mira con una sonrisita maliciosa y provocativa, tirando suavemente de la punta de la nariz hacia arriba con un dedo.

Intento preparar una caponata de berenjena: su despensa y refrigerador están muy bien surtidos. Él prepara un plato a base de pescado ciertamente buscado y perfumado con especias misteriosas.

Abre una botella de Pouilly Fumé y me sirve un vaso generoso.

- ¡En la salud, mi pequeña cocina!

Nos trasladamos al porche donde nos espera la mesa, que he puesto a punto, ahora una maestra de la técnica.

Cenamos a la luz de las velas, celebrando las diferentes etapas del día y todo lo que vimos.

Al final de la cena Vincent me clava su mirada penetrante en los ojos, su color esmeralda reluciente de deseo.

- *¿Voulez vous coucher avec moi ce soir?*

Conozco el estribillo de la canción, que siempre he encontrado un poco atrevida, me siento avergonzada, no encuentro las palabras.

- Pero mañana... trabajamos y... entonces, ¿qué dirán los demás?

Jean y Sylvie siguen ausentes, estoy más preocupada por los colegas y empleadores, aunque Vincent es un socio de pleno derecho, por lo que no debería correr ningún riesgo.

- No lo pienses... haremos todo bien, pero por favor... no me dejes... quédate conmigo esta noche... No estoy listo para dejarte ir todavía, *ma petite*.

En realidad, yo tampoco.

Voy a aprovechar su enorme y súper equipado baño para una ducha refrescante y tomo prestada una camiseta blanca como prenda de noche. Con el pelo aún húmedo y perfumado por su champú provenzal, me dirijo a la habitación, donde nos espera un tálamo acogedor y suave.

Aquí renovamos nuestras promesas de amor repetidamente, dando rienda suelta a nuestra necesidad. De hecho, la mañana nos pilla muy poco descansados: el velatorio ha ganado al sueño reparador del famoso Morfeo.

Esta fue mi única y verdadera luna de miel, tan dulce como para darme la adicción.

Desgraciadamente el sol ya está alto cuando decidimos salir de la cama, tenemos que darnos prisa, todavía tengo que pasar por casa para llevar la caja de cambios y tratar de borrar las huellas de la noche casi blanca.

Vincent se viste, se le espera más tarde, pero me acompaña diligentemente, un dulce beso en la puerta. Me doy prisa sin darme la vuelta, consciente de que su mirada me sigue en su lugar.

Dios, ¡qué desastre en mi cabeza! Siento las famosas mariposas en mi estómago, me coloco tres metros sobre el cielo y estoy más que asustada! Ya estoy loca por él. ¿Cómo voy a manejar todas estas emociones?

¡Todo sucedió tan rápido! Mis sentidos han sufrido un duro ayuno durante años, es la única manera de justificar mi desvergonzada rendición.

¿Qué debo hacer en el trabajo? ¿Qué dirán Jean y Sylvie sobre esta prematura e inesperada experiencia amorosa?

Estas y otras mil preguntas me dan vueltas en la cabeza como un torbellino.

En el trabajo trato de mostrarme lo más indiferente posible, sólo Nadine, mi colega que goza de cierta confianza y simpatía, se da cuenta de algo:

- ¿Estás bien, Rosalie? Pareces un poco cansada.

Invento una excusa plausible e intento evadir sus preguntas, justo en el momento en que Vincent entra. Me mira con adoración y adorable, me besa despreocupadamente mientras me pongo morada y quién sabe cuántos otros colores. Luego proclama a los atónitos espectadores:

- Conoce a mi prometida. Cualquiera que le falte el respeto se las verá conmigo. ¿Está claro? ¡*Vite*\* en el trabajo ahora! El espectáculo ha terminado... *c'est fini!*

Después de esas palabras, me siento aún más avergonzada y confundida. Llámame su novia parece prematuro y exagerado, tal vez el término se usa más superficialmente aquí. Acabamos de conocernos y a decir verdad, no sé mucho sobre mi supuesto prometido todavía.

La jornada laboral finalmente llega a su fin, con mucha tensión de mi parte. Tengo que tener una conversación a cuatro ojos con Vincent, exijo explicaciones y me muero por estar cerca de él y tocarlo.

Nos encontramos en la salida, me espera sentado en la barandilla del muelle, con una sonrisa divertida en sus labios, me acerco a él temblando, me atrae con determinación.

- *Ma petite*, ¿qué pasa ahora?

Le explico mis pensamientos conflictivos lo mejor que puedo, tomada por la turbación, y él me responde sin dudarle:

- Te quiero, Rosalie. Te quiero a mi lado desde la primera vez que te vi entrar por la puerta de la cocina. Sé que eres la mujer adecuada para mí.

- Yo también estoy bien contigo, pero apenas nos conocemos. - Le respondo siendo razonable.

- Sé todo lo que necesito saber. ¿Qué más quieres saber?

Me gustaría responder que aparte del hecho innegable de que es hermoso, encantador y absolutamente excitante, no sé nada sobre él y su pasado. Me atengo a una plausible:

- ¿Quién eres realmente? ¿Un sueño, una realidad, una ilusión?

\*¿Dormirías conmigo esta noche?\*

\*Víte: pronto en francés\*



Capítulo XI Dejar ir cómo es que...



Nos dirigimos hacia la playa, el cielo estrellado y la oscuridad propicia que nos protege de nuestras emociones.

Vincent me dice que quedó huérfano de madre muy joven, su reacio padre nunca lo reconoció: tuvo que luchar para abrir un camino en la vida.

Se independizó desde muy joven, trabajando en restaurantes locales, hasta convertirse en lo que es hoy: un renombrado chef. Tuvo una multitud de mujeres que primero lo destetaron y luego lo cansaron, algunas ricas y mimadas que lo decepcionaron y ninguna que lo embrujó.

- Eres la única mujer que he conocido hasta ahora que siento que puedo amar. Eres una madre, así que sabes de dedicación. Deberías saber amar sin reservas. Y entonces eres simple y a la vez cruda, toda para ser moldeada, como un diamante puro para ser sacado a la luz.

Me halagan demasiado sus motivos, pero aún así lo dudo, lo lee en mi cara.

- Créeme, Rosalie, no te decepcionaré. Estamos hechos el uno para el otro. - Insiste en ello.

Decido de improviso creerle, dejar de atormentarme con mil perplejidades y empezar a vivir "con amor" en el sur de Francia o en cualquier rincón escondido de la tierra.

Fusionemos nuestros cuerpos con el ardor en un beso que despierte el alma y nos aturda.

- No aquí, pero *petite*... vamos a casa. - Susurra él, la voz cálida y llena de expectativas.

Al día siguiente involucro a mi amado en la búsqueda de un pequeño apartamento para mí y Irene, cuando finalmente se unirá a mí. No escucho las pretensiones de Vincent de mudarse a su apartamento, no sería conveniente para la causa actual y decente para mi familia, al menos no de inmediato.

Durante el descanso del trabajo Vincent me anuncia triunfalmente que se ha liberado de un encantador apartamento de dos habitaciones en la residencia donde reside. Está radiante: ya ha negociado el contrato de arrendamiento.

- Es ideal *pour toi, ma petite*, absolutamente perfecto y amueblado y sobre todo muy cerca de mi guarida.

- Bueno, al menos mantendremos las apariencias... - Estoy de acuerdo.

Celebremos con un *pastis* bastante alargado y volvamos al restaurante. Ahora que la vergüenza

ha terminado, trabajamos duro, en armonía y alegría.

Una noche de delicias amorosas me espera cada noche, al menos hasta que Jean vuelva o tome posesión de mi nuevo apartamento.

Mi hermano y Sylvie llegan unos días después bronceados y relajados, deseosos de compartir sus aventuras y recuerdos de las vacaciones con todo el mundo. Me gustaría advertirles sobre nuestra relación antes de que se enteren por otros, pero no sé cómo tratar el tema. Vincent, como siempre, me lo impide, empezando explícitamente.

- Rosalie *mon amour*, ¿deberíamos decirle a tu hermano las buenas noticias?

Estoy conteniendo la respiración. No puedo imaginar la reacción de Jean. Sylvie se aferra a mí y me felicita diciendo que hubiera apostado por ello: una pareja tan hermosa... etcétera, etcétera. El enigmático Jean sonrío e insta a Vincent a tratarme bien.

- Sabes que es mi hermana Vincent, si la haces sufrir vendré a buscarte al final del mundo si tengo que hacerlo. ¿Entiendes?

Y luego con una risa fuerte se dan palmadas en la espalda. Sé que Jean piensa mucho en Vincent. Se conocen desde hace años.

Después de la euforia del momento Jean me lleva a un lado y me pregunta sobre las últimas noticias de Italia. Su hermoso rostro tostado parece perplejo mientras le cuento todo lo que sé. Nos ponemos al día con los demás, pero sigo pensando.

La situación por ahora es todavía, pero en septiembre tendré que ir allí para firmar algunos papeles e investigar el terreno.

Ya he transferido mis pocas cosas a la nueva casa. A decir verdad, estoy muy corto, siempre invitada en la guarida del lobo no más solitario, para la forma puede ser suficiente.

Nunca conocí a la mujer que hace la limpieza en casa de Vincent porque trabaja en las horas de mayor dedicación y le agradezco a Dios que lo haga, yo no tendría tiempo para eso.

Cómo han cambiado las cosas: lo lejos que estoy de la mujer Chanteclair que solía pasar sus días limpiando.

¡Ahora tengo tiempo limitado para ordenar mi apartamento y a mí misma! El trabajo me absorbe tanto y Vincent tiene prioridad sobre todo.

Cómo he cambiado incluso en mi interior: primero Señorita casta, luego novia fría y asexual, ahora una joven cálida y apasionada en plena floración y explosión de los sentidos.

Nunca imaginé que compartir tu cuerpo con el hombre que amas fuera una sorpresa tan mágica y satisfactoria.

Esa languidez que me lleva inesperadamente sólo por contacto y que quisiera renovar de nuevo, de nuevo, hasta el final de mis días, era completamente desconocida y nunca imaginada.

A partir de ahora, me entristece la idea de tener que dejar a mi hombre y a Francia por un par de semanas: el abogado Lambert trabajó duro y logró obtener una primera audiencia a finales de septiembre. Si tengo suerte, podré volver a Sète, con mi pequeña, a principios de octubre. Quiero ocuparme de todo por mi cuenta y luego "Le Blue" cierra por vacaciones sólo en noviembre, tendré un permiso especial.

A mis padres no les gustaría mi nuevo lado y a mi ex-marido aún menos, volveré a mi isla "soltera" para todos.

Los últimos días en Provenza serán muy difíciles, ya que intento organizar todo de la mejor

manera posible.

Capítulo XII Volveré...



## XII

Vincent y yo nos despedimos en el aeropuerto de Montpellier.

- Pero no hagas bromas, vuelve lo antes posible... Te esperaré a ti y a la pequeña Irene. Recuerda, eres mi mujer, no puedes huir más.

Estoy conteniendo las lágrimas, un nudo en la garganta.

- Vincent, soy tuya... y lo seré hasta el final de mis días. No tengo más opción, me has domado, moldeado a tu medida. El mundo no tendría sentido sin ti. Te amo Vincent, ahora lo sé... ¡y por fin puedo decirlo!

Las lágrimas rebeldes están empezando a derramar mis mejillas.

- Yo también Rosalie, *ma petit... ma belle, ¡mon tout!*\*

Nos estamos separando, permitiendo que Jean y Sylvie me saluden y me animen también.

Llaman a mi vuelo, me dirijo a las puertas corredizas, trato de sonreír y jugar, los saludo con un kleenex blanco y una sonrisa exagerada.

El viaje es sin turbulencias, rápido e indoloro, sólo mi aprensión perturba la tranquilidad y fiabilidad del transporte. Veré gente y lugares queridos, que me conmoverán y en parte contrastarán con mi nuevo yo.

Decido alquilar un coche para llegar a mi pueblo y hacerme independiente en mis movimientos. Ya no soy la Sra. Fulano de Tal, tengo que adaptarme y emanciparme.

Mis padres me acogerán, aunque no les haya sido fácil aceptar mi decisión de mudarme al extranjero. Sé con certeza que no lo aprueban y que la convivencia será difícil.

Mi madre, mirándome con sus grandes y tristes ojos, no puede soportar la emoción y me abraza, mi impasible padre sacude su gran cabeza.

- Rosalía, ahora sí que metiste la pata: esa pequeñita sin madre...

Intento objetar que por eso estoy aquí, pero como siempre con mi padre, no es fácil hablar.

Después de la cena me encuentro en la habitación que usaba cuando era niña, tan infeliz como entonces, más incomprendida que entonces.

Tengo unos días antes de reunirme en la corte con el abogado Lambert y el abogado de Lino, mi ex-marido.

Quiero llevar a mi hija Irene a las Islas Eolias el fin de semana, ya tengo la aprobación. Irene está muy contenta de verme de nuevo y casi sorprendida por mi nuevo afecto. Su pelo marrón es aún más grueso y rizado de lo que recordaba, mientras que sus grandes ojos avellanos me miran con curiosidad y expectación. Habla en su lenguaje infantil, contándome todo sobre su pequeño mundo. Ahora una cierta Santina, una especie de ama de llaves, la cuida y dirige la casa.

Me dice: - Mamá... no te irás más, ¿verdad?

Intento explicarle con tacto que una nueva vida nos espera en Francia, que podrá ver a su padre muy a menudo y a sus abuelos durante las vacaciones, que conocerá muchos nuevos amigos y que vivirá en una casa con piscina a pocos pasos.

La niña está entusiasmada y continúa fantaseando mientras tomamos el barco a Lipari, que será nuestro punto de apoyo en este corto período.

Pasamos los días, aún muy calurosos, en la playa y en pequeños viajes a las islas menores.

A Irene le impresiona especialmente la Isla de Vulcano con sus arenas negras y el camino en el "Valle de los Monstruos", excavado en las rocas por la erosión del tiempo.

Panarea, que sólo puede visitarse a pie o en moto, nos deleita con su similitud con las pequeñas islas de Grecia y por último Stromboli nos sorprende con sus mínimas y continuas erupciones.

Los días pasan felizmente y muy rápido y el tiempo de regreso llega demasiado pronto. Irene y yo nos saludamos más unidas que antes, prometiendo reunirnos a corto plazo.

\* Yo también, mi pequeña, mi hermosa, mi todo \*

Capítulo XIII ¿Victoria?





El fatídico día de la audiencia llega.

Estoy muy tensa, he usado ropa clásica e impecable para causar una buena impresión, me tiemblan las piernas, me sudan las manos. El abogado trata de calmarme y recomienda que me muestre lo más sincera y complaciente posible.

Ante el juez sigo sus preciosos consejos, mi ex-marido por su parte no hace más que hacer acusaciones y calumnias y hacer reclamaciones de poder absoluto.

El sabio magistrado civil primero consulta con los abogados y luego expone su decisión:

Custodia compartida con prioridad sobre la madre, en su lugar de negocios en Francia. El padre tiene derecho a visitarla cada 15 días y a pasar el verano y las vacaciones escolares con la menor, tras avisar a la madre.

Estoy tan feliz que saltaría de alegría, tanto que podría incluso sonreír a Lino, que me da la espalda con desdén y se va de prisa, confabulando con su abogado.

Me quedan unos días para planear la salida y reservar el vuelo para ambos. Creo que voy a sorprender a Vincent y Jean, así que decido regresar en secreto en un par de días.

Paso el resto del día entre las agencias de viajes y las compras para mis amigos franceses, eufórica y satisfecha.

Incluso acepto la invitación telefónica de mi ex, que me pide que finalice los últimos arreglos personales durante una cena de despedida. No me entusiasma, será mi último sacrificio.

En cambio, mis padres están muy impresionados por el gesto de paz del yerno perdido y me instan a ser cortés y respetuosa. Tal vez todavía esperan la reconciliación.

Creo que no fue nada cortés conmigo en la corte, y trataré de pasar eso por alto también, siempre y cuando pueda irme en poco tiempo con Irene.

Me preparo con indolencia, vistiendo las primeras cosas que se me presentan, también me ato el pelo para tener un aire más desapegado y formal.

El humor es completamente diferente al de mis citas con Vincent.

Empiezo a esperar a Lino debajo de la casa, bastante nerviosa y sin ganas.

Llega a bordo de su sedán oscuro y me invita a subir con una sonrisa estirada y nada fiable.

Cenamos en un pequeño restaurante de Cefalù, a pocos pasos del mar, y entre un discurso y otro sigue intentando convencerme de que me quede y reconstruya mi familia, investigando con insistencia mi situación sentimental.

Lo niego todo y le ruego que me lleve a casa porque me siento cansada e incómoda, no tengo intención de sufrir discusiones innecesarias y agotadoras.

Al final volvemos al coche, no puedo esperar para saltar a la cama y olvidar esta desagradable noche.

Lino conduce en silencio, con expresión seria y movimientos nerviosos.

Conducimos varios kilómetros, en cierto punto ya no reconozco el camino, estamos cruzando un camino de tierra, oscuro y con mucha vegetación. Pido explicaciones, me aniquila con un frío:

- Muta, debes quedarte. ¿Me entiendes, Muta?

Tengo el instinto de abrir la puerta y tirarme, obviamente las puertas han sido cerradas con una estudiada disposición, para evitar que me escape.

Llegamos a una casa de campo, dos hombres armados con rifles están en la puerta.

Empiezo a sentir que estoy en un gran problema.

Me hacen bajar sin tantas ceremonias, me empuja uno de los dos "picciotti" y me lleva a una especie de cobertizo con una mesa, un pajizo y dos sillas como único escenario.

Intento rebelarme con todas mis fuerzas, me siento como un animal atrapado, pateando y arañando, hasta que una mano pesada me da un revés que me hace caer de rodillas.

Me atan, amordazan y probablemente me drogan. La más profunda oscuridad yace sobre mí.

Capítulo XIV Prisionera



Estoy despierta, creo que ya es de día hecho: veo filtrar poca luz por una gruesa ventana cubierta de tablas de madera clavadas al marco.

Tengo un gran dolor de cabeza y la garganta seca, trato de moverme, pero las cuerdas que atan mis muñecas y tobillos desgarran mi carne.

¡Estoy atrapada, segregada, aislada del resto del mundo!

Vuelvo con mis pensamientos a la noche anterior y apenas puedo creer que esté en esta situación. ¿Qué es lo que pasa?

Esperaba que sólo fuera una mala pesadilla, pero...

Lino tan tranquilo, tan medido, ¿qué está pasando en su cerebro? ¿Podría la derrota haber nublado completamente sus facultades mentales y su sentido común?

Siempre ha sido honesto e intachable, algún conocimiento al borde de la legalidad, sólo para la vida tranquila, y ahora está usando quién sabe qué enfoques de los bajos fondos para mantenerme prisionera.

Recuerdo su mirada justo antes de perder el conocimiento, tenía una sonrisa aterradora, rezumando un deseo de venganza y una locura desconocida.

Me temo que demasiados casos parecidos al mío llenan las páginas de las noticias sobre crímenes en abundancia.

Nadie sabe exactamente cuáles son mis intenciones, podrían hacerme desaparecer como si nada, explotando la reputación de mi marido como un hombre concienzudo y bueno.

"Oh, Vincent, si pudieras sentir mi sufrimiento a kilómetros de distancia, como un GPS o cualquier otra cosa diabólica!"

En ese mismo momento, la puerta se abre y entra el secuestrador, la mirada lasciva y el poder abrumador del que se siente más fuerte.

- Rosalía, ah... Rosalía, ¿qué debo hacer contigo? Hembra emancipada... ¿Putilla? ¿En qué te has convertido, eh? ¡Te lo he dado todo! ¿Te he hecho una dama y así es como me lo agradece? Eres mi esposa, ¿entiendes?

Se acerca a mí y empieza a tocar mi cara y luego me toca bajo la falda, yo lucho e intento resistir, pero con la boca amordazada y las extremidades atadas es completamente imposible.

Cierro los ojos con náuseas, él se desabrocha el cinturón, se baja los pantalones y se aprovecha de mí con violencia, sin prestar atención a mis lágrimas y a mis gritos sofocados.

- ¡Brava! Marido y mujer somos. Ponte esto en la cabeza. ¡No lo olvides!

Mi cerebro está divagando, buscando la supervivencia, alentando la rebelión.

¡Es una violación a todos los efectos! Y lo sufro por el gentil marido de antaño, ya no es aceptable.

Me quita la mordaza y me exhorta a decir palabras de sumisión.

- ¡No! ¡Nunca! ¡Me das asco! - Le grito desesperadamente con todo el aliento en mi garganta.

Empieza a golpearme salvajemente, insultándome y maldiciéndome.

Mi cara hinchada y sangrando, pierdo la conciencia de nuevo. Me despierto, trato de aferrarme al pensamiento de Irene y Vincent para soportar la humillación.

Uno de los carceleros me trae un tazón de agua y un pedazo de pan con queso, como y bebo codiciosa, hambrienta y sedienta desde hace horas. Está oscuro de nuevo.

Sólo espero que no vuelva: tiene que guardar las apariencias, por eso me confió a los dos chicos que aparentemente se hacen cargo.

Se presentan a cara descubierta, así que creo que Lino tiene mucha confianza en mi rendición o está decidido a resolver el asunto de una manera u otra.

Me siento aniquilada y sin esperanza, sólo intento resistir y aliviar mi malestar, así que le pido al carcelero de turno que afloje un poco las cuerdas y me dé la oportunidad de limpiarme la cara aún manchada de sangre seca.

Vuelvo a estar sola, con los sentidos agudizados, atenta al más mínimo ruido: el ladrido de un perro a lo lejos, el crujido de las hojas y los pesados pasos del guardia afuera.

Alternando momentos de desánimo y desesperación con otros de resignación y luego otra vez de esperanza: esperanza de que alguien venga a buscarme, esperanza de que no me maten... y en el inmediato que me dejen en paz.

Lino regresa después de unos días, me obliga a escribir una nota de explicaciones falsas sobre mi renuncia a volver a Francia.

Probablemente alguien está empezando a hacer preguntas, una carta mía los sorprenderá, pero tendrá el efecto de tranquilizarlos sobre mi condición.

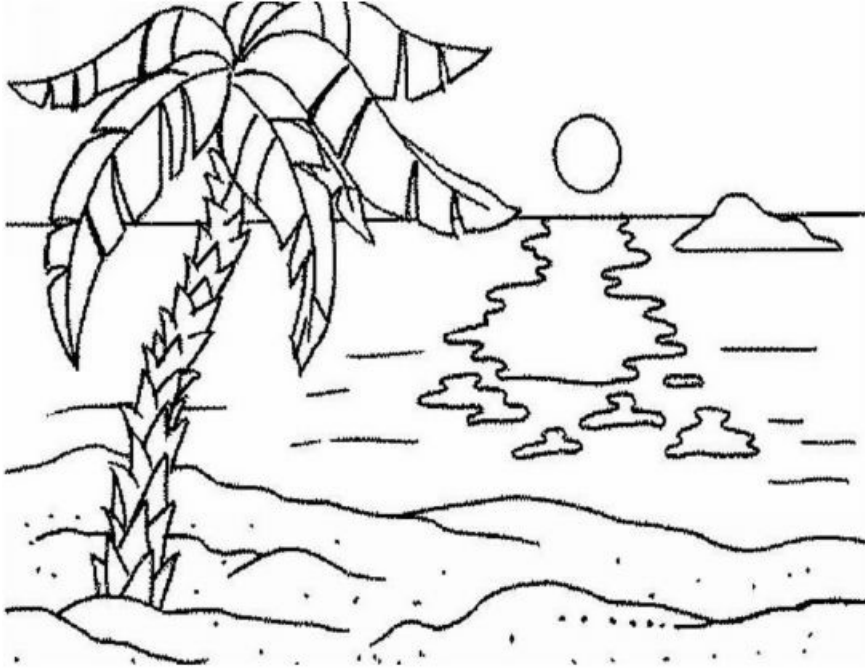
Trato de pensar rápidamente en la oportunidad de insertar un mensaje codificado para mis seres queridos, con mi ex-marido a mi espalda no es fácil.

Puedo ubicar una frase inofensiva y espero que se interprete como es debido. Intento ser más dócil, pido una muda de ropa y una oportunidad para lavarme.

Lino se va satisfecho, con la intención de enviar la carta urgentemente y tramar quién sabe qué más. Por suerte nunca me tocó de nuevo.

Empiezo a acurrucarme en el recuerdo de Vincent y a acariciar el deseo de ser liberada de mi amado.

Capítulo XV Luz!



Unos pocos días más de silencio absoluto y segregación.

El día y la noche son casi similares para mí, si no fuera por la pequeña luz que se filtra y las comidas frugales que me dan.

Lino usó mi cuerpo una vez más, cerré los ojos y apreté los puños, tratando de llevar mi mente a otra parte, sometiéndolo todo como una medicina amarga para salvar mi vida.

Quiero recordar el aroma de las flores de Provenza, la brisa en mi rostro al atardecer en la playa, el olor del mar, el calor de la arena bajo mis pies, una cama suave que te acoge, la fragancia de un buen baño de burbujas en la ducha, un abrazo que calienta tu corazón. Las cosas cotidianas que ahora se vuelven vitales en mi memoria.

Mi oído entrenado percibe pasos sigilosos alrededor del cobertizo y luego un ruido tan sordo como una pelea, un disparo y luego el silencio otra vez.

Tengo miedo. ¿Lino tuvo una discusión con el guardia? Creo que es capaz de cualquier cosa. Me acurruco en posición fetal en mi cama y espero lo peor.

La puerta estropeada se abre de par en par, la luz entra a voluntad, oigo voces excitadas, estoy cegada, confundida, siento manos fuertes y tranquilizadoras sobre mis hombros y un tono viril y familiar.

- Rosalie... ¡Rosalie, c'est moi!

No puedo creerlo. Me he vuelto loca. Tal vez sólo estoy soñando.

Me libero de las cuerdas y la mordaza, mis ojos llenos de lágrimas, me concentro en el anhelado rostro de Vincent. Me reúne en un cálido abrazo, me tranquiliza usando palabras tiernas y un tono de voz bajo como el que se usa con los niños asustados.

Me dejo mecer así, sintiéndome renacer, poco después percibo también la presencia de mi hermano Jean, lo abrazo durante mucho tiempo, desbordante de gratitud y felicidad.

- ¡*Vite!* Salgamos de aquí... antes de que el "gorila" se despierte.

Es Vincent el que habla, me levanta sin el menor esfuerzo y me toma en sus brazos, los tres huimos al monte donde nos espera un todoterreno.

No estoy acostumbrada a caminar desde hace días, estoy desgastada y mis piernas están entumecidas, siento dolores por todas partes debido a mi postura antinatural mantenida hasta hoy.

Me llevan a un hotel apartado, adyacente al mar y me ponen en un colchón blando. Exhausta y aturdida me quedo dormida casi inmediatamente, aplazando una larga ducha caliente y muchas preguntas.

Ya lo he intentado, pero Vincent me puso suavemente su dedo índice en los labios, impidiéndome hablar.

- Shh, ahora no Rosalie, debes descansar, habrá tiempo después.

Luego se sentó en la silla contigua, prometiendo quedarse a mi lado por si acaso.

Al despertar, un médico y un oficial de policía están a mi lado, quieren que presente una denuncia contra Natalino [...], se necesita mi testimonio además del examen médico. Cuento todo lo que puedo recordar sin ahorrarme detalles. Me lo debo a mí misma, a mi hija y a todas las mujeres de mi tierra.

Habiendo pasado por todas las formalidades del caso, puedo finalmente tomar la codiciada ducha, que prolongo bajo el agua hirviendo y mordaz, para lavar toda la consternación y el sentimiento de rechazo que me provoca el recuerdo de esos malditos días.

Miro mi cuerpo lleno de moretones y abrasiones con asco, me seco y me quedo en bata de baño, con las piernas cruzadas en la cama espero explicaciones de Vincent.

No se atreve a tocarme, consciente de la conmoción que sufrí, por eso lo aprecio cada vez más. Llevará tiempo curar todas las heridas, especialmente las psicológicas.

Cuando cierro los ojos tengo miedo de encontrarme de nuevo en el cobertizo y todavía siento la tensión de las cuerdas en mis miembros. Siento hambre y sed y el olor acre de la paja, mezclado con los excrementos, en la letrina improvisada que se me permite.

Inspiro profundamente y pregunto en voz baja:

- ¿Cómo lo has entendido?

Vincent me cuenta cómo Jean, una vez que recibió la carta, sospechó. De acuerdo con Sylvie, decidió mostrársela. Logrados descifrar el mensaje los dos hombres acordaron partir inmediatamente con el primer vuelo disponible a Italia.

- Tu carta decía:

Decidí quedarme en Italia con Irene y mi marido, por el bien de todos, discúlpenme y traten de entender.

Sólo le pido un favor, si no es mucha molestia: déjeme tener mi copia del cuadro "La terrasse du café le soir" de Vincent V. G. lo antes posible, que quedó en la residencia, me importa mucho y creo que sería muy bueno aquí en la isla, a mi lado.

En la fe. Rosalie

- Por supuesto, nunca tuviste la intención de comprar una copia de ese cuadro porque habías vivido el original... y luego yo te esperaba en la residencia. ¡Así lo he entendido!

Mi salvador deja los preciosos papeles que ha guardado de forma valiosa y yo lo presiono con otras preguntas apremiantes.

- ¿Y luego...? ¿Cómo me encontraste?

- No notificamos a nadie de nuestra llegada a la isla. Yo, desconocido para todos y como turista, he podido investigar, acechar, en fin, quedarme en los talones de Lino. Lo seguimos en sus movimientos hasta que nos llevó al cobertizo. Debidamente escondidos esperamos el mejor momento para actuar. Luego informamos a la policía de lo que estaba pasando. Por suerte tengo



amigos influyentes en la policía italiana que nos permitieron sacarte a salvo. Neutralizamos al guardia y corrimos hacia ti, Lino lo dejamos a la justicia, después de que trató de dispararnos, porque si le hubiera puesto las manos encima, no sé qué habría hecho con él.

Lo miro y le agradezco en silencio a él y a mis estrellas de la suerte. Por suerte, todo salió bien, sin derramamiento de sangre y sin consecuencias para nadie.

De vez en cuando, las noticias tienen un final feliz. Sin duda actuó a favor del hecho de que Lino no era un criminal con licencia, sino que improvisó y que la ilusión de pensar que todavía era suya me ha preservada.

Nunca sospechó la existencia de Vincent, pensó que me volvía loca con los conocidos ocasionales. Me veía como una especie de "Dama de las Camelias" en la casa de la seducción y el champán, para ser redimida y traída a casa.

Reflexionando sobre todas estas cosas, mi mirada vaga en el vacío, tanto que Vincent me lleva de vuelta a la realidad, preguntándome:

- ¿Estás bien? Ça va, ma petite, Rosalie...?

- Sí, todo está bien. Ven aquí y dame un abrazo. Te necesito. Te necesito desesperadamente.

Y me sumerjo entre su cuello y su pelo, disfrutando del aroma de su aftershave de marca, mezclado con el olor de un hombre varonil y benévolo.

Ahora me siento verdaderamente libre: libre para amar.

Capítulo XVI Epílogo Afortunado



Lino fue arrestado, así como sus cómplices, y condenado a 12 años por secuestro, lesiones y violación, con la circunstancia agravante de la familiaridad que facilitó su cometido.

Por supuesto, la custodia compartida también está suspendida.

Se ha hecho justicia, pero ¿por qué ir tan lejos?

¿Por qué algunos hombres no quieren aceptar que una relación termine? ¿Que podemos empezar una nueva vida y que cada uno tiene la libertad de elegir la suya?

Estas transformaciones del Dr. Jekyll al Sr. Hyde son cada vez más frecuentes.

Tal vez sea porque las mujeres alguna vez bajamos la cabeza y sufrimos en silencio, soportando un purgatorio y a menudo un infierno inmerecido toda nuestra vida.

Ahora estoy realmente lista para seguir adelante.

Mañana nos iremos todos, dejando atrás esta tierra tan hermosa como difícil de vivir y entender.

Irene no sabe nada de su padre, se lo explicaré a su debido tiempo. Por el momento ha encontrado un amigo en Vincent que la mimaba como una princesa y ha encontrado a su querido tío, su compañero de juegos de la infancia.

Espero que se abra un horizonte de libertad y amor para ella y para mí.

Espero que ninguna mujer tenga que sufrir más acecho y violencia.

Espero que todos los hombres entiendan que las mujeres son almas libres para volar donde quieran. Al encarcelarlos no recibirán amor, generarán más y más odio y dolor, se encontrarán solos con un puñado de tierra para arrojar sobre un ataúd y arrepentirse por aquellos que son capaces de ello o por aquellos que los amaron.

El mío es sólo un deseo, un débil grito de rebelión, que espero no se disperse al viento, tuve suerte pero ¿cuántos otros tendrán un Vincent listo para salvarlos?

¿Quién detendrá la mano asesina y la locura apremiante?

Huye de los hombres que dicen amarte, pero que te hacen la vida imposible, denuncia, protégete y nunca confíes en ellos, no les des una segunda oportunidad. ¡Puede ser el último!

"Ama a tu prójimo como a ti misma... y amate a ti misma primero."

Es el amanecer del nuevo día, la playa de Sète nos recibe con su fina arena y sus innumerables conchas vacías.

El mar interpreta su eterna sinfonía, el sol púrpura se levanta vacilante.

Tres personas se toman de la mano, una alta y fuerte, una pequeña y marrón y otra aún más pequeña, tierna e indefensa.

Vincent y yo nos miramos a los ojos, en silencio, no hay necesidad de hablar más.

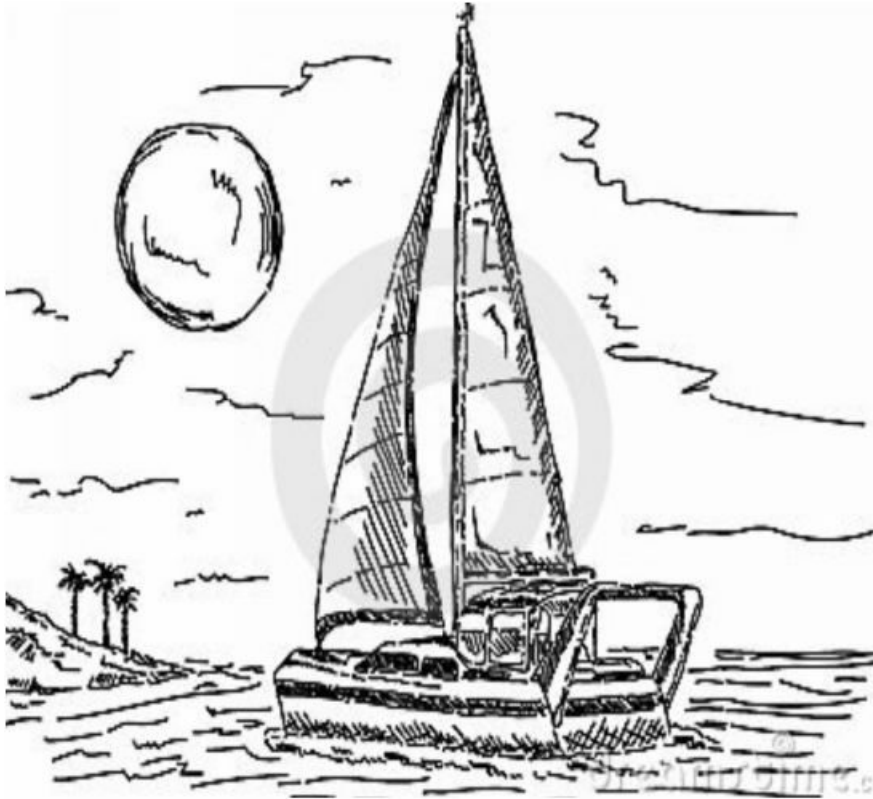
Estamos aquí juntos, somos felices, es todo lo que queremos. No sé si durará para siempre, no puedo preverlo.

Sólo estoy segura de una cosa: a partir de ahora seré libre de amar y no tendré miedo de sufrir si sólo sufro por amor.

FIN.

# LA ISLA DE LAS MUJERES

Angelo Azzuro



## La isla de las mujeres

Connor partió en un día claro de abril acompañado a la costa por Safara, que le instruyó sobre la ruta y el entorno que encontraría una vez que desembarcara en la isla.

- Cuídate... ¡y vuelve! Recuerda, Irlanda te espera.

- Claro que volveré, soy un estudioso aventurero, no un vividor... ¡Ni siquiera la reina más hermosa del mundo podría detenerme! Palabra de O'Connor.

El mar estaba bastante tranquilo esa mañana, Connor siguió su sofisticada brújula, navegando hacia lo desconocido.

El pequeño y manejable Dhow, una deriva de pocos metros, respondía dócilmente a sus órdenes, el joven había aprendido en Portsmouth las bases de la navegación y no estaba en su primera travesía. Esa era una de las ventajas de ser el hijo de un ingeniero naval.

En esa época y en ese tramo del océano el clima cambiaba abruptamente, las cálidas y húmedas corrientes africanas chocaban con las heladas corrientes de origen antártico, dando lugar a aguas tormentosas y cielos plomizos.

El mar comenzó a ondularse y las amenazantes nubes negras comenzaron a espesarse, Connor bajó su vela y comprobó la brújula que aún indicaba la posición correcta.

Luces azules, púrpuras y amarillentas rasgaron el cielo tan negro como la noche y las olas se magnificaron hasta el punto de sobrepasar la deriva y hacer que pareciera la diminuta mitad de una cáscara de nuez, escaemotada por la inmensidad del océano.

Ya se podía vislumbrar la costa, las rocas volcánicas y la escasa vegetación, pero el Dhow se giró sobre sí mismo continuando a llenarse de agua, Connor se empapó hasta los huesos y sintió un frío paralizante bajo el azote del viento.

El temor de un fin inminente se apoderó de sus entrañas, se sintió totalmente impotente y desprevenido mientras se aferraba con fuerza al timón.

Un poderoso rayo blanco rompió limpiamente el mástil, Connor levantó la vista justo a tiempo para darse cuenta de que se estaba derrumbando sobre él, se movió frenéticamente, pero no lo suficientemente rápido para evitar ser golpeado en la sien.

Se desplomó sin vida, mientras que los pobres tablones del Dhow fueron empujados violentamente a la orilla por la fuerza de las olas despiadadas.



Aún estaba inconsciente cuando una figura de paso felino se acercó sospechosamente al cuerpo joven, aparentemente sin vida, que yacía en la arena mojada y salpicada de chatarra.

La doncella observaba al joven hombre inanimado, girando a su alrededor y tratando de entender de dónde venía. No era exactamente blanco, pero tampoco era africano, se preguntaba perpleja qué hacía en ese tramo de mar que normalmente evitan los turistas.

Trató de tocar su garganta para asegurarse de que respiraba, y luego notó una pequeña herida en su sien.

Entre los restos del barco sólo encontró unos pocos efectos personales y ningún arma, lo que la convenció de que era un viajero inofensivo.

Decidió comunicar su descubrimiento a la Reina de la Paz y conseguir ayuda para transportarlo al pueblo: el extraño necesitaba tratamiento inmediato antes de ser enviado de vuelta al lugar de donde había venido.

Qwara formaba parte del círculo de mujeres jóvenes, alta y flexible, de piel muy oscura y de origen etíope.

Llevaba una falda y un corpiño de cuero karibú, su pelo negro en gruesas trenzas sostenidas en alto por aros metálicos y llevaba un arco y un carcaj sobre sus hombros, como correspondía a su papel de cazadora.

Era lo suficientemente resuelta y valiente como para merecer alguna consideración dentro de la comunidad.

Para ella habría sido la primera temporada de amor y ciertamente habría apreciado el fresco homenaje traído por el mar, pero era consciente de que era el privilegio de las dos reinas decidir.

Si hubiesen decidido aprovechar ellas del muchacho, se habría visto obligado a complacerlas, so pena de muerte.

Nadie se había negado nunca, también porque las reinas eran indudablemente hermosas y siempre en su mejor momento. Una vez que ya no podían concebir, asumían el papel de ancianas sabias, dando paso a otras jóvenes elegidas.

Era un orden que se parecía al de una colmena, pero mucho más complejo.

El bienestar del individuo se veía abrumado por las necesidades de la comunidad, era una comunidad más bien sexista que consideraba al varón únicamente como un medio de reproducción. Una especie de Edén para las mujeres que querían mostrar al mundo lo irrelevante que era la presencia masculina.

La palabra amor estaba prohibida en la orden y aquellas que no podían someterse a la regla eran libres de irse, pero no podían volver nunca, ni siquiera a través de las generaciones siguientes.

- ¡Qwara solicita una audiencia con la noble Reina Labiba, como un asunto de urgente interés!

La enorme guardia armada a la entrada del palacio real cuadrículó a la joven cazadora de arriba a abajo, dibujando una mueca de reproche por su impetuosidad. Era una mujer de unos treinta años, robusta, fuerte, digna e inquebrantable.

- Niña, ¡cuidado con tu temperamento! Si la Reina lo considera necesario, te recibirá.



- Pero es urgente Sadiga, ¿debo hablar con ella!

- Le concedo permiso para entrar, pero busca una audiencia a través de una de las ancianas sabias.

La cazadora dejó su arco y sus flechas y atravesó las habitaciones del sencillo palacio, hechas de piedra y madera.

Tenía una vaga reminiscencia de un castillo medieval en su estructura y rusticidad, las ramas tejidas y las hojas de palmera cubrían los pisos mientras que los accesorios eran extremadamente esenciales.

Encontró a la anciana Kuron intentando calcular en un tosco escritorio de la tercera habitación, un leopardo doméstico a sus pies dormitando indolentemente. Aclaró su voz y pidió una audiencia.

- Tengo una noticia absoluta que comunicar a la Reina, debo pedirle permiso para actuar...

- Puedes decírmelo, y entonces pediré su consentimiento.

- Como este asunto implica una cierta urgencia, Kuron, te diré lo que he averiguado. En la playa encontré un naufrago, guapo, joven y desarmado. Está inconsciente. Deberíamos llevarlo al pueblo y tratarlo. Quizás pueda ser de algún interés para las Reinas.

- Si lo que dices es verdad, muchacha, ¡informaré a la Reina de inmediato! ¿Pero de dónde vino este extraño?

- No tengo ni idea, pero definitivamente necesita ayuda.

Qwara se fue poco después con algunas cazadoras, sosteniendo una camilla ensamblada con pieles de animales y cañas de bambú, para recuperar al desafortunado hombre.

Connor fue acostado en una cama blanda y examinado por la farmacéutica de la corte, una curiosa doctora.

Se le inmovilizó y levantó la cabeza, se le suturó y se le vendó la sien; se le administraron analgésicos y se le ordenó la supervisión constante de sus funciones vitales. Se esperaba que se despertara para un examen más completo.

Qwara dejó a regañadientes el cuidado del joven a los demás, proponiendo mantenerse al tanto de su estado.

Pero había otra mujer en la corte que podía cuidar del niño.

La Reina Kumani, además de ser una excelente guerrera, tenía un considerable conocimiento médico y nunca falló en un diagnóstico.

Su nombre "Destino" y su piel clara hacían adivinar su audaz inserción en la sociedad amazónica. Era una voluntaria que se había ganado su trono compartido con valor y determinación.

Aniquilada por un luto insuperable había decidido retirarse a este mundo femenino atípico, como lo habría hecho en otros momentos encerrándose en un convento.

Ella miró al joven de manera experta, apreciando la finura de sus rasgos y estuvo de acuerdo con el trabajo de la doctora.

El desconocido le recordaba vagamente a alguien, pero aún más a la frescura de un joven amor.

Sintió un aguijón de ternura en su alma, ahora seca y sin sentimiento.

Su piel ambarina y su físico seco y musculoso trajeron a la mente el cuerpo de su amado, que

nunca más la abrazaría, y la fragilidad del paciente despertó en ella la antigua predisposición y abnegación hacia los demás.

No podía traicionarse en absoluto ante sus subordinadas, pero habría seguido al pobre náufrago en persona y de manera precisa, que había logrado, inconscientemente, abrir una brecha en su duro corazón.

Connor no podía entender dónde estaba, apenas se daba cuenta de que era un joven, pero su memoria no le decía de dónde venía ni de dónde se encontraba, sólo sentía un gran vacío.

Sombras femeninas se habían inclinado sobre él en su largo sueño, susurros, murmullos, voces desconocidas, que lo habían dejado en su profundo olvido. En los raros momentos de conciencia sentía un dolor punzante y punzante en su cabeza, incluso la luz le molestaba. Pesadas cortinas protegían la tosca ventana de piedra para no molestarlo, y dosis masivas de analgésicos pronto lo llevaban de vuelta al limbo perdido del inconsciente.

Una presencia en particular le pareció más constante y familiar, capturando una fragancia de jazmín que lo envió de vuelta a otros lugares, mientras que los brazos ligeros que tintineaban con brazaletes lo hechizaban como una melodía antigua.

Después de unos días, sus ojos pudieron enfocar con mayor nitidez lo que le rodeaba.

Vio la larga cabellera dorada y el físico esbelto y elegante de su rescatadora. Tenía un toque regio y autoritario, pero también una cierta gracia en sus ojos.

- ¿Dónde estoy? - Hizo un esfuerzo por preguntar.

- ¡Bienvenido de nuevo a los vivos! No te preocupes, estás en buenas manos aquí. ¿Puede decirme tu nombre?

El joven buscó en su memoria, pero no pudo encontrar una respuesta. Un velo negro se dibujaba sobre sus recuerdos.

- No importa, sucede en estas circunstancias. Te llamaremos Ata "Regalo" El mar te ha traído a nosotros y le damos las gracias. Soy Kumani, la reina guerrera.

- ¿Soy un náufrago entonces? ¿Y esto es un reino? ¿También viajé a través del tiempo?

- No, nada de eso. Estás en la Isla de las Mujeres, Labiba y yo somos las dos conductoras de la comunidad. No encontrarás ningún otro hombre: la presencia masculina aquí está prohibida, pero haremos una excepción por ti hasta que te recuperes y nos recompenses.

- No entiendo...

- No te preocupes por ahora, habrá tiempo para entender.

Habiendo dicho estas palabras, Kumani atravesó un pasaje oculto dejándolo solo con su confusión.

Fue visitado por una anciana adornada con llamativos amuletos y se le sirvió una sopa.

Por la tarde una bonita doncella de piel oscura se asomó a la puerta, dándole una viva sonrisa.

Ella le guiñó un ojo y le dijo que iba a volver.

Connor o más bien Ata, aún no entendía, decidió no darle importancia por el momento.

Estaba muy intrigado por la dama portadora de la belleza real, pero también por todo lo que le rodeaba, le parecía que estaba viviendo un sueño.

Era una pena que nada lo llevara a la realidad.

Intentó levantarse y dar unos pasos prudentes, se sentía débil, pero sus piernas seguían funcionando: era un buen punto a su favor.

Se miró en el espejo donde vio el reflejo de un rostro agradable pero casi desconocido, ¿quién podría ser?

¿Un pescador, un marinero? No, la intuición sugirió que no pertenecía al tipo.

Su cerebro se estaba desgastando cuando la agradable doncella entró en la habitación.

- ¡Me alegro de que te sientas mejor! Soy Qwara... la que te encontró.

- Encantado Qwara. Dicen que me llamo Ata.

- Te queda muy bien. Te encontré inconsciente en la playa entre los restos de un pequeño bote.

- ¿Sabes de dónde vengo?

- No, yo no... Eres un personaje masculino atípico. Ni blanco ni negro. Tal vez seas de América o tal vez de Europa. Sé que hay muchos hombres como tú allí. Y que hablas el idioma de los blancos.

- Así es. Es un buen punto.

- Espero que disfrute de tu estancia aquí. No dudes en hacerme cualquier pregunta. Me gustaría ser tu amigo.

- ¿Qué hay de la Reina Kumani?

- Fascinante, ¿verdad? Ella también es del extranjero. Su pasado también es un misterio, pero es la luchadora más valiente que conozco. ¿Qué tal si vamos a dar un paseo afuera? ¿Te sientes con ganas?

- Estoy feliz de hacerlo. Necesito un poco de aire fresco.

- Sólo por un tiempo y no muy lejos, todavía eres muy frágil.

Salieron al exterior donde les esperaba una arcada llena de vegetación.

Todo estaba ordenado y cuidado: parterres de piedra con palmares, una fuente que representaba una amazona que brotaba agua cristalina, bancos y sillas que invitaban al reposo.

Algunas ancianas sabias pintaban o leyeran en silencio, rodeadas de niñas entrelazando paja o pintura. Era un lugar de paz y meditación.

Nadie miró hacia arriba, como si ya fueran conscientes de su presencia.

- Qwara, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Por qué está prohibida la figura del hombre?

- Esta es la isla de las mujeres, se viene aquí por elección o se nace aquí. Prescindimos de los hombres.

Ata estaba desconcertado, si no había hombres allí, ¿cómo podían dar a luz a los bebés? Prefirió no preguntar para no ser indiscreto.

Bebieron un aromático té rojo, Rooibos, totalmente libre de cafeína y rico en vitamina C, muy adecuado para un convaleciente. Poco después volvieron al palacio, Ata llegó a su habitación en

la planta baja. Qwara se despidió y prometió volver pronto.

Una buena amiga era necesaria para él en ese momento. Sintió algo extraño en ese oasis único de armonía y bienestar

Tal vez la Reina lo visitara de nuevo por la noche. Quería empezar a entender.

La oscuridad calló, algunas lámparas de aceite se encendieron en el antiguo palacio, Ata pesado con sus pensamientos se acostó en la cama y cerró los ojos tratando de enfocar un recuerdo.

Tuvo una vaga visión de un bosque nevado y dos ojos de lobo amarillos mirándolo.

Tal vez de ahí es de donde vino: un país del norte.

Inmerso en sus reflexiones, no oyó venir a la bella Kumani hasta que la encontró ante él, en toda su belleza.

Llevaba un corpiño y una falda de piel de leopardo, brazaletes de oro estilo esclava y una especie de diadema colocada en su largo pelo cobrizo color miel.

- ¿Cómo está nuestro joven invitado?

- Me sentiría mejor si pudiera resolver algo.

Kumani se acercó y puso una suave caricia en su rostro, su mirada dulce y compasiva.

- Nada malo te pasará bajo mi protección, mientras no intentes escapar.

- ¿Soy un prisionero? - Se atrevió a preguntarle el joven.

- No, pero hay un orden muy estricto y complejo aquí: sólo las Reinas tienen el poder de decidir tu destino. Debes ponerte en gracia de una de ellas y declararte esclavo de su voluntad por un cierto período de tiempo.

- ¿Esclavo? ¿Qué significa eso? - Empezaba a estar horrorizado.

- Puedes ser un esclavo incluso por amor. Si me das una heredera, serás libre.

- ¿Y si no?

- Deberíamos decidir si te enviamos lejos o te eliminamos.

- ¿Harías eso?

- No lo haría. Siempre podría ayudarte a escapar.

Le sonaba a locura a su conciencia, sin importar cuán pobre fuera su memoria. ¿Cómo podía procrear con una mujer que no amaba?

- Sé lo que estás pensando. Te daré todo el tiempo que necesites: aprenderás a amarme.

Kumani le tocó el brazo y le dio un beso casto en los labios, que no le dejó indiferente, envolviéndole con su aroma a jazmín y su sensualidad. Luego, cuando llegó, desapareció, en silencio.

Ata comenzó a pensar que estaba viviendo una ridícula pesadilla. Otro en su lugar se habría

regocijado, pero probablemente tenía un alma más compleja con la que lidiar. Tal vez era un romántico o un soñador o simplemente un verdadero partidario de la libertad.

Los ojos de lobo reaparecieron en su mente: los lobos son seres libres, pero unidos a la manada y luchando salvajemente por la supervivencia.

¿Quién sabe cuál era su manada?

Se dejó llevar por un sueño agitado. Por la mañana una anciana le sirvió el desayuno y le dijo que esperara a la Reina Kumani para dar un paseo.

También se le colocó una simple falda de cuero con una tanga para reemplazar los jeans gastados, manchados y desgarrados, y un medallón en el que se grabó un arco, para significar su pertenencia a la Reina de la Guerra.

Kumani se presentó fresca y sonriente, en una simple túnica corta y ligera sin mangas.

Apareciendo muy joven y casual, Ata sintió una zambullida en el corazón: la reina era singularmente atractiva.

- Así que, mi querido Ata, hoy verás la isla y empezaremos a conocernos.

- Con gran placer... - Respondió dudoso

Salieron del palacio, atravesaron un pequeño y rico bosque, compuesto de palmeras datileras, grandes acacias y plataneros, y se dirigieron a la playa.

La arena era muy fina y blanca, el mar transparente. No encontraron un alma viviente, la isla parecía estar reservada sólo para ellos.

- Aquí es donde te encontraron, ¿qué ves en el horizonte?

- Desafortunadamente nada, por el momento.

- Los recuerdos vendrán. Si no, construiremos otros nuevos. ¿Te gustaría tomar un baño?

Ata asintió, Kumani se deshizo de su túnica y se sumergió firmemente en la extensión cristalina, haciéndole señas para que la siguiera.

El joven sintió una cierta vergüenza y una atracción magnética al mismo tiempo. Se zambulló y se unió a ella.

Jugaron durante un tiempo, alternando salpicaduras y buceo, luego Kumani lo tomó de la mano y lo invitó a observar con ella en las inmediatas profundidades del mar. A simple vista distinguían peces de colores, rocas y barrancos submarinos.

Resurgieron para recuperar el aliento.

- ¿No es hermoso? La próxima vez conseguiremos máscaras y aletas para explorar mejor.

- ¿Una especie de paraíso terrenal semi moderno?

- Sí, sólo para mujeres. A Adán no se le permite...

- Siento una vena de arrepentimiento en tu voz.

- Elegí esta vida porque la otra me quitó todo, pero no es fácil.

- Tal vez seas más humana de lo que pensaba.

- ¡Claro, muchacho! ¿En qué estabas pensando? Repito, tienes que confiar en mí, estás a salvo conmigo.

La última frase se perdió entre risas cuando Kumani trató de hundir a Connor empujándolo bajo el agua.

Salieron del agua persiguiéndose mutuamente, y luego se quedaron sin aliento en la arena. El cuerpo casi desnudo de la mujer era un verdadero espectáculo a los ojos del joven. Connor podía oír la respiración de su pareja a su lado y podía ver su pecho subiendo y bajando, siguiendo el ritmo.

La piel de ámbar, salpicada de pecas, emanaba siempre el aroma del jazmín, a pesar de las repetidas inmersiones y el cabello empapado de sal seguía brillando con un brillo dorado.

En ese momento Kumani se perdió en su mirada.

Fue natural y espontáneo intercambiar un tierno beso, que pronto se convirtió en un apasionado y prolongado beso.

Kumani no se inmutó, quería conquistarlo en su totalidad, lentamente. Un día no habría querido a otra mujer más que a ella.

Lejos de allí, alguien no se dio paz por el destino de su hermano, no tenía más noticias, sólo sabía de una gran tormenta en la isla en los días anteriores.

Quería confiar en el joven, pero la espera fue agotadora.

Soñaba cadenas y serpientes, cabezas de leopardo y cazadoras intrépidas. Vio a Connor arrodillado junto a un trono, pero no pudo distinguir a la gobernante, estaba totalmente envuelta en la niebla.

El sueño era tranquilizador sobre el estado físico del joven, pero no daba más indicaciones.

Dicen que a veces hay que dejar que el destino siga su curso...